



Museo Barjola | 2016

**ALEJANDRO
MIERES**

Llegó la Noche
y no quiero dormir
sin Memoria



www.museobarjola.es



GOBIERNO DEL
PRINCIPADO DE ASTURIAS

Del 2 de septiembre
al 16 de octubre

Museo Barjola | 2016

ALEJANDRO MIERES

Llegó la Noche
y no quiero dormir
sin Memoria

CATÁLOGO

EDITOR:
Consejería de Educación y Cultura · Museo Barjola

COORDINACIÓN DEL CATÁLOGO:
María Avello Luiña

TEXTOS:
Antonio Gamoneda, Juan Carlos Gea Martín,
José Luis Argüelles, Vanessa Gutiérrez, Lucía Alperi

FOTOGRAFÍAS DE LAS OBRAS:
Elena de la Puente, Museo de Bellas Artes de Asturias,
Marcial Gómez Martín · Medios Audiovisuales Universidad de Oviedo,
Quino Sacavera, José Ferrero Villares

FOTOGRAFÍA DE PORTADA / ALEJANDRO MIERES:
José Ferrero Villares

DISEÑO Y MAQUETACIÓN:
www.estudiograficamente.com

IMPRESIÓN Y ENCUADERNACIÓN:
Gráficas Apel

© DE LOS TEXTOS: sus autores 2016
© DE LAS IMÁGENES: sus autores 2016
© DE ESTA EDICIÓN: Gobierno del Principado de Asturias 2016

DEPÓSITO LEGAL: AS-2767-2016

EXPOSICIÓN

ORGANIZA:
Consejería de Educación y Cultura · Museo Barjola

COMISARIO:
Víctor Manuel Picallo González · LABRANTE

DISEÑO Y MONTAJE:
Adolfo Manzano González

COLABORADORES:
Museo de Bellas Artes de Asturias
Universidad de Oviedo
Familia Alejandro Mieres Bustillo
Manuel Presedo

TRANSPORTE:
Manipulo Arte

SEGUROS:
Axa Art



www.museobarjola.es



GOBIERNO DEL
PRINCIPADO DE ASTURIAS

The background is a dark, monochromatic image with a fine, wavy, wood-grain-like texture. On the left side, there is a circular metallic element, possibly a button or a part of a mechanism, with a slightly raised, reflective surface.

ALEJANDRO MIERES

Llegó la Noche
y no quiero dormir
sin Memoria



*“En la plenitud,
el color se expande,
llena el mundo”*

Finalizando la edición de este catálogo, el Consejo de Gobierno del Principado de Asturias, al amparo de lo dispuesto en la Ley 4/1986 de 15 mayo, reguladora de Honores y Distinciones, concedió a **D. Alejandro Mieres Bustillo** la medalla de Plata del Principado.

A 3 de agosto de 2016.

“A su indudable trayectoria profesional, por el talento y la fuerza que ha volcado en una obra que dialoga con su experiencia vital, siempre ligada a la creación desde la curiosidad intelectual y el compromiso con la sociedad que inspiran su trayectoria artística, considerando acreditados los méritos singulares que concurren en su persona...”

ÍNDICE

introducción		07
Antonio Gamoneda		08
Juan Carlos Gea Martín		11
José Luis Argüelles		13
Vanessa Gutiérrez		16
Lucía Alperi		19
OBRA		24



La noche llegaba.

Nadie sabía con certeza como celebrarla. Había pasado el tiempo suficiente para dar por perdido el horizonte de la Cordillera, y el camino rompía en senderos y volvía a agruparse de continuo.

Los gestos perduraban, no podía ser de otra manera, desde el principio habían formado parte de la historia que decidió contar.

Ellos querían recogerlos, enfrentarlos, diluirlos o dejarlos vaporar para que alguien o algo los encontrara.

Dudaron en dar mayor o menor protagonismo a la palabra sobre el tono, al sonido sobre el verso, a la luz sobre la luz, a la materia.

Al final, la decisión resultó menos complicada, todo estaba allí.

El valle era eterno.

Y por el transitaba todo el recuerdo, sólo quedaba mencionarlo.

En voz alta.

Eso sí.

V.M. PICALLO

MIERES

Alejandro vio luz en el temblor de la tormenta; luz quebrándose en las venas del relámpago. Vio la germinación de los límites y la fertilidad de los ángulos. Vio la rasante de los vencejos y la mansedumbre de los centenales. Era la infancia.

Vino a Gijón, vino de Astudillo. Vino Alejandro con su mirada agraria. Trajo un ramo de sueños.

Fue un día al mar y lo pensó pacífico.

Y el mar

abrió los abismos del vértigo.

Y el vértigo era semejante a un abismo. No. El vértigo era ciertamente un abismo; un cesar incesante. En su hondura hervían transparentes triángulos.

Alejandro

rehusó el abismo y levantó la belleza de la geometría profunda. Vio la exactitud de la belleza profunda y pintó su rítmica, y la rítmica era la sucesión serena de todas las formas.

Alejandro

pintó la serenidad de la tierra y el polígono de la noche. Obró con sus manos la liberación azul de los rectángulos y llevó el rojo a sus límites.

Así, silenciosa y sola, fue la obra pictórica. Más tarde, Alejandro vivió un pensamiento. El pensamiento entendía de justicia y de fraternidad, y de poner serenidad en la tierra, y Alejandro supo que el pensamiento fraterno era también pensamiento pictórico.

He aquí, pues, la geometría y el pensamiento terrestres. Ved la ciudad, los jardines, el monte; ved los pastos y los huertos tranquilos; vedlos latir en un solo tiempo. Ved también que los acantilados están siendo duramente batidos. Dura y triste es la piedra de los acantilados.

Pero silencio. Estoy recordando.

Recuerdo un día. Yo asistí al vértigo. Quizá a un

vértigo inverso. ¿Recuerdas, Alejandro?

¿Recuerdas el rojo en su cumbre, la gran luna ebria, y
Cecilia; los ojos de Cecilia?

¿Fue ocasión o causa del instante, de la pura ebriedad lunar,
aquella feliz incandescencia?

No me contestes; no quiero saberlo. Deja, por favor, Alejandro,
este misterio a mi pobre cabeza visionaria. Gracias.

Salud, Alejandro.

Pero silencio. Debo
brindar.

Brindo por el polígono de la noche, por el verde pacífico, por el satélite rojo y por la
liberación de los rectángulos. Brindo por el pensamiento de la fraternidad. Y por los ojos de
Cecilia. Y por tus ojos.

Salud, Alejandro, amigo mío.

Acuérdate de la soledad de la circun-
ferencia, acuérdate de mi soledad cismontana.

Te espero en el Alto de la Madera. Llévame
un rectángulo.

Llévame también un mendrugo. Un mendrugo sagrado de aquel pan tuyo;
de la gran hogaza de la fraternidad, precisamente. No te olvides. No tardes.

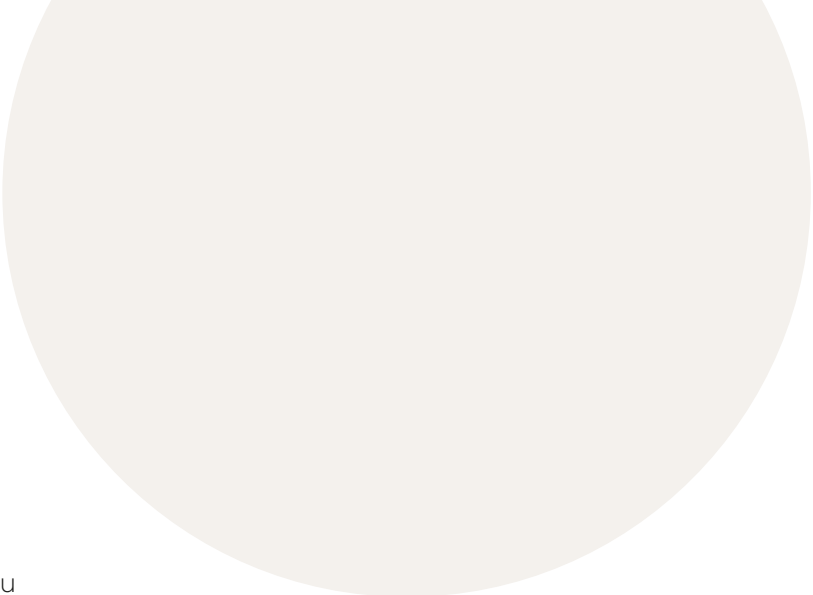
ANTONIO GAMONEDA

*[En ocasión de haber intentado alcanzar lo inalcanzable: la ayuda de
William Shakespeare. Algún rastro quedará del vano esfuerzo.]*



ALEJANDRO MIERES: CONTRA EL FUEGO

La primera impresión que tuve de Alejandro Mieres fue la de un hombre derrotado. Se movía estupefacto, cabreado, entre la desesperación, la incredulidad y el abatimiento más absolutos en el pasillo de su estudio de la calle Pedro Duro recién abrasado por un incendio. Yo no conocía a Mieres ni a su obra. No llevaba mucho tiempo viviendo en Gijón ni había empezado a escribir sobre arte. De hecho, me enviaron al lugar del siniestro como redactor de sucesos más bien que como redactor de cultura. Y eso fue lo que me encontré: un suceso en su acepción periodística; infortunio a una escala que merecía convertirse en noticia. No solo un simple incendio doméstico. El incendio en casa de alguien especial; unas llamas que habían consumido algo fuera de lo habitual. Un hombre que, por segunda vez en su vida, acababa de perder una parte sustancial de lo que había hecho devorado por el fuego, y una pérdida también para otros que deberían haber seguido disfrutando de aquellas cosas que ahora eran ceniza, sustancia carbonizada y humo. Pero yo no me conmoví entonces pensando en los espectadores. En el caso de un artista, este tipo de desgracia no solo se contabiliza en la pérdida de horas de trabajo, dinero o materiales. Supongo que todo el tiempo yo tenía, además, en la cabeza a uno de mis pintores favoritos, el desdichado Arshile Gorky, el incendio del granero donde guardaba aquella obra final de su carrera que tanto le había costado definir, y su suicidio un tiempo después tras el accidente. De todos modos, no me hacía falta la sombra de Gorky para compadecerme e incluso temer en cierto modo por aquel hombre que acababa de conocer. El desánimo y la cólera que exhalaba mientras deambulaba por las habitaciones tiznadas y húmedas no me hacía inverosímil esa idea.



Ya he dicho que no conocía entonces a Mieres, y lo repetiré, porque eso me habrá de valer como excusa por haber incurrido en aquella fúnebre impresión. No podía saber de su vitalidad, de su energía y su resistencia, su terquedad y esa cualidad a la vez hipersensible, batalladora y correosa que se refleja en su rostro. Ni podía saber que su pintura es de esas que busca ser algo más que la maña de una representación; de esa que busca tener la misma consistencia que cualquier otro objeto del mundo, robusto, tangible, exento. La pintura de Mieres no tiene la consistencia del paisaje pintado sino la de la tierra misma. La plasticidad de lo sólido, una vibración óptica que toca los ojos y que hace que los ojos toquen, sustentada en la rugosidad, los surcos, la sustancia granulosa, acanalada, ondulada y hecha ritmo físico. No podía comprender que en un talante como el de Mieres y en un trabajo que es el de agrimensor, cartógrafo, constructor de territorios -en una pintura que se considera ante todo una especie forma sintética de la naturaleza: la poesía en la paradoja- cada incendio es una roza que fertiliza el suelo y que pone en marcha de nuevo el ciclo de la creación. Una incitación a la batalla. A empezar de nuevo con la rotura, la siembra, la canalización, el plantío y la edificación: eso que es siempre la obra de Mieres.

En ello siguió, ha seguido y sigue, si no domando óleo, sí moviendo los fluidos de la tinta. No hay incendio que lo acabe. Salvo, claro, la conflagración que a todos nos espera, nuestro futuro compartido de fuego y cenizas. Lo cual no puede ser, para un ser tan anti-melancólico como Alejandro Mieres, ninguna excusa para la inacción.

EL ARTISTA Y SHANGRI-LA

Los que saben de arte, de pintura, dirán con irreprochable fundamento que Alejandro Mieres ha desplegado a lo largo de su longeva y fecunda trayectoria un estilo propio a partir de la querencia geométrica y la búsqueda cromática. Y que sus obras se constituyen así en sugestivos símbolos de una rara matemática y de un preciso lirismo. Bien, fin de la cita. Y, siendo todo eso verdad, hay algo en este artista de indesmayable pulsión creadora que escapa a las usuales reducciones académicas que encontramos por ahí en libros, catálogos, críticas de exposiciones y otros consultables textos. A mí, una vez, me contó que él se veía a sí mismo “tan realista o más que Velázquez”, sin que por esa expresada y razonada convicción le hayan expulsado del Museo de Arte Abstracto Español de Cuenca o del madrileño Reina Sofía. Lo que quiero subrayar es que estamos, como ocurre con todos los creadores sustanciales, ante un pintor que trasciende los códigos escolásticos y va mudándose en cada obra sin dejar por ello de ser fiel a sí mismo.

Esa acendrada fidelidad a la vocación que le ha acompañado desde niño, poco después de que las Hijas de la Caridad de su Astudillo natal le enseñaran a leer, es el venero que le ha permitido trabajar sin desmayo -incluidos los días festivos, como quería Leonardo- hasta una edad en la que otros se entregan a la fatiga de las jornadas repetidas, sin aliciente alguno, ya sofocado el deslumbramiento. Le recuerdo con 85 años cumplidos en la ya desaparecida galería Van Dyck, en Gijón, trajinando infatigable con los cuarenta cuadros -varios de gran tamaño- que había pintado sólo unos meses antes. Y la memoriosa conversación de quien hace de la relación con la naturaleza (de nuevo una nota del cuaderno del genio de Vinci) una agradecida e imaginativa plegaria a la tierra y el sol, al río y a la noche primigenia a la que todos vamos regresando. Tituló aquella exposición, de insólito vigor en un octogenario, como si fuera un activista predicador del entendimiento con la base material de lo que somos: *Una propuesta ecologista*.

Hay otras fidelidades en Alejandro Mieres, además de esa indesmayable militancia en la búsqueda de una expresión artística (“es la pintura la que me lleva a mí”, me confesó en aquella mañana gijonesa de acarreamientos por las dos estancias de Van Dyck). Me refiero a que es un pintor al que le ha importado, y mucho, el compromiso con el arte, pero también con la sociedad a la que dirige un trabajo que llega desde la libertad y que, por eso mismo, sólo puede ser entendido y disfrutado plenamente bajo esa condición. De ahí su notorio antifranquismo (ningún artista verdaderamente libre se siente a gusto en una dictadura, aunque haya quien lo disimule) y su defensa de los valores democráticos. Como he escrito en otra ocasión, por su destacada militancia socialista pudo ser preboste de cualquier chirin-guito político. Prefirió, en cambio, la lealtad a aquella vocación que le ha mantenido en vilo creativo desde que dejó su solar palentino.

En Alejandro Mieres, que ha permanecido fiel también a la figura de paisano tocado de boina (esa prenda niveladora, según Unamuno) que lee el periódico en un banco de la plaza de al lado, vemos otra lealtad más. Hizo el recorrido que siguieron muchos pintores del siglo XX. Salían de la Escuela de Bellas Artes de San Fernando y se iban a París, donde pasaban hambre pero se saciaban de lo que Madrid y España no querían darles. A su regreso, sin embargo, se hizo profesor. Ahí, en la enseñanza, que le permitió quizás pintar lo que le daba la gana, vemos también otra forma pertinente de ser generoso con los demás. La cátedra de Dibujo del instituto Jovellanos le conduce, en 1960, a Gijón. Y en esta ciudad, donde una calle luce su nombre, ha permanecido desde entonces. Fundó y presidió la Asociación de las Artes Visuales de Asturias, lo que da idea de su talento para hacerse querer y respetar por un gremio en el que, como es sabido, el ego tira cohetes.

Hay algo también de fénix en este pintor-catedrático. Y no sólo por la mucha ceniza que dejan los innumerables cigarrillos rubios que lleva siempre prendidos en la comisura o en la mano. Se le incendiaban los estudios y los cuadros, pero regresaba con sus pinceles, sus geometrías y sus colores hasta dar con lo que andaba buscando: la imagen misma de la pintura que le guía e impulsa, según me contó, como ya he dicho, aquella mañana de tanto trasiego expositivo. ¿Cómo se renace desde lo perdido, desde las devastaciones del tiempo o del fuego? Aquel día en la galería Van Dyck, el maestro me mostró una serie de obras (tintas y algún collage) a los que llamaba *Shangri-La*, como el territorio utópico y bien avenida de *Horizontes lejanos*, la famosa novela de James Hilton vertida al cine hasta en dos ocasiones. Supe entonces que la larga y pletórica indagación artística de Alejandro Mieres conducía precisamente ahí, al alejamiento del caos.


EN UNA FLOR DE SHANGRI-LA

Aceptar la invitación. Dejarse hacer. Entrar para que el ensueño desentrañe la biología del círculo. “En un principio fue el óvulo, la semilla, el astro o el núcleo, recubierto de infinitos estratos, sobre el que se sustenta la tierra”. Caminar de dentro a afuera, previa concentración en el punto de origen.

Hay que retornar al iris de la niña, que se dilata para absorber toda la luz e introducirse en el misterio. He aquí interrogantes que encierran preguntas sin voluntad de respuesta. Remolinos palpitantes. Enigmas que focalmente proyectan enigmas. Es la necesidad circular. El camino infinito, correcto, para buscar la fórmula geométrica más perfecta y compleja: la vida. Es lo imposible.

Sin angustia por determinar el sentido de no haya principio ni fin delimitados; observar solo el ser continuo, absoluto, por encima de toda existencia. Y en su entraña el detalle. Milimétricos pliegues de compleja verdad con los que te distrae el tacto sensible del que, sabiendo que no hay resolución, intenta abarcar la infinitud. Quizá atrapar el polvo lumínico por un instante. ¿Acaso es otra cosa el destino?

Es inundarse de color. De plenitud. Feliz abstracción que secuestra la mirada, la conduce e invita a un viaje a las vísceras sin sentirse dirigida. Conminada sin percibirlo, presintiendo apenas la lúcida mano creadora que, de matute, dispone la orquesta hacia la melodía perfecta. Esa que nos hace bailar antes de haberlo pensado.



Más de pronto así estás: parada dentro, muy dentro de ti sin buscarlo. Has caído en el espejo. Y tu cuerpo, que es el de todos y es nada, se transforma en una suerte de *cestrum nocturnum*, inesperado y revelador frente a lo asumido por el canon que se empeña en limitar a un mero estándar lo bello. Irradiado con salvaje y caótica libertad desde un tronco-raíz que se legitima en la tierra, se expande libre, transgrediendo unas reglas asumidas para ser olvidadas. Sin saber cómo florece la sorpresa: esa que, con nocturnidad y alevosía, logra esparcir el aroma del mundo desde la más delicada flor, con la más intensa pureza.

¿Qué lógica sigue el discurso que brota? No importa. ¿Disciernen algo estas palabras? No serán, ni deben, las tuyas. Giran en círculos, se revuelven y desordenan para provocar el instinto que las pronuncia. E inexplicables, solo saben que han debido renacer como si nunca antes fueran nombradas. “Hay que regresar al centro. A la gravedad”. Trascienden su propia existencia porque se quieren arte. Y no han querido describir lo que ha de experimentar. No saben analizar, solo indagar en lo percibido. Tampoco se cerrarán en un fin, porque todo final es principio. Suspendidas en la continuación, atrapadas por el círculo, han nacido como un milagro. Ese que permanece ante ti. Esa flor que es y que está. Tras el cuadro.



ALEJANDRO MIERES: GERMINAL

GERMEN

raíz, origen, cimiento, rudimento, causa, embrión, núcleo, simiente

Astudillo, 1927. Pronto se daría cuenta de que había “nacido bajo el signo de Saturno”. El primer dibujo real que caía en sus manos le causó un *enamoramiento* que recuerda con la melancolía de un niño: “¿Por qué pinto? Sé el momento en que se me reveló el milagro del arte... Me sorprendía la sencillez con que se convocaba tanta realidad, un milagro que conjugaba inteligencia, fuerza y delicadeza. Este fue mi flechazo por la pintura, de su mano he vivido y vivo, con tristeza unas veces y con ebullente alegría otras. Ella me va ayudando a conocerme, a conocer el mundo y a amar la vida tal y como es”. “El arte educa la sensibilidad del hombre para su tenaz esfuerzo de adaptación al medio”, pedagogía de un docente y convencido humanista que afirma: “acaso sea esa la única razón de mi arte, el arte es el hombre”.

Entre olorosos sacos de trigo le sorprende el eco de la Revolución. Con su llegada a Madrid se imbuir en la generación de los “niños asombrados” por los sinsentidos de la posguerra. Mieres era muy tímido, sus exámenes orales terribles y la metodología memorística le parecía irracional. En el tranvía soñaba que sería feliz como botones del Nacional en Atocha. Catársis salvadora de su naufragio, la lectura lo auxilió anímica e intelectualmente: “la Cuesta de Moyano fue mi universidad”. Séneca decía “largo es el camino de la enseñanza por medio de teorías, breve y eficaz por medio de ejemplos”. La Orientación Profesional le inyecta optimismo, el concepto de “Arts & Crafts” pesará en su *estilo* mutado en cimiento o instrumento artístico.

De Díaz-Caneja atesora una reflexión: “-¿tú quieres ser pintor para ganar dinero o para aprender a pintar? -Yo quiero aprender a pintar”. Como afirmaba A. de Mello: “hay dos tipos de educación, la que te enseña a ganarte la vida y la que te enseña a vivir”. Cuando recalca en la Escuela de Bellas Artes Mieres no atisbaba romper con el academicismo reinante, pues su meta era meterse de lleno en él. El profesor Valverde lo colocó entonces ante la figura de Solana, “la pintura empezó a ser distinta, me dije a mí mismo: ¡existe otra manera de pintar!”. Mieres atravesó una natural transición de los encorsetamientos académicos a la libre expresión individual.

De su primera exposición le pesa la crítica de Mariano Tomás, de la que su mujer se deshizo por lo doliente de sus palabras, “era tan exagerada que incluso me divertía”. Elegimos una *Composición* (1947): un caminante barbado se dirige hacia un joven desnudo en actitud de descanso; una figura en posición fetal similar a un embrión humano que ha desarrollado su adultez. Una especie de evocación germinal, *axis mundi* entre esferas cosmogónicas. Como Hércules en la encrucijada vital, Mieres decide buscar una alternativa que le permita vivir y pintar con la libertad de la que se priva quien pinta con deseo de lucro. El camino no iba a ser fácil.

ALEJANDRO MIERES: CENITAL

CENIT

cumbre, apogeo, resplandor, cima, perfección, culminación, prosperidad

Gijón, 1960. “Tras aquella exposición, estuve años sin pintar. Si mi pintura no interesaba, ¡que la hicieran otros! No volví a coger los pinceles hasta que la evolución me condujo a la idea de que lo que tú no haces queda sin hacer en el campo de la expresión artística”. Tras el silencio, Ariadna le brinda el hilo para construir sus propios laberintos. Como diría Matute “el que no inventa, no vive” y Mieres no iba a conformarse. El aparejo de un lienzo y su ductilidad serán claves para la metamorfosis final. ¡El modelado de la materia y el elogio de luz tenían tanto peso como para ser la obra acabada!, el juego matérico se cierra y Mieres renace de sus cenizas. El inconsciente revela los ecos latentes en su interior, si su

abuelo insuflaba con su arado el orden humano, Mieres torna el macrocosmos en microcosmos perfecto y contenido. Desde el cenit creacional, dedos universales plasman sus dactilares, vestigios petroglíficos en el sedimento y el carácter telúrico de la nostalgia.

Por esta senda de expresión *mieresina* transitará, junto su innegable mandamiento de visión monocolor. Recuerda una obra que le causó “cierta repugnancia” por su perfeccionismo desmesurado, aún no conocerá las cotas de pulcritud que alcanzará su pintura. Tampoco conocía entonces el enamoramiento del ese objeto, aunque “quizá era el objeto en que me encontraba a mí”. Cual zahorí, rastrea la costa asturiana valorando las miles de olas que definen esa piedra y el susurro de su erosión. Ante la retórica entre lo figurativo y lo abstracto en su pintura, afirmaba a sus alumnos “ni Velázquez pintaba una piedra como esa”. Dicho queda.

Pasará del objeto dentro del cuadro al cuadro como objeto. El natural engrose matérico se objetiva como una experiencia háptica y se generan correspondencias de terapia gestáltica influyentes en los estados de ánimo del espectador: sus amarillentos campos *desprenden* calor, sus tierras calma o quietud. En esta sinestésica utopía Navascués le decía: “sólo falta que tus cuadros huelan bien”. La mayoría de los pintores aman la música pero Mieres debe tener además la suerte de oírla mientras pinta. Una *opera aperta* de Eco parece su visión estilística, aunque poco le importan a Mieres los eslabones, cuando Mieres habla de su pintura lo hace como la atención a la realidad, a los secretos de la vida circundante y su influencia en el ser. Naturaleza, ecología y arte: así resume su obra en los últimos tiempos. Opina que una de las constantes en la historia del arte es la ecológica, certero de que el hombre anhela perpetuar los elementos naturales. Desde su faceta de compromiso alegato contra la destrucción indiscriminada de lo natural. Valverde, el querido profesor, al ver su poderosa capacidad de abstracción, le advirtió sobre la referencia a la naturaleza: “puedes separarte de ella, pero no la pierdas nunca de vista”. Un certero consejo de un buen maestro nunca se olvida y Mieres jamás lo hizo.

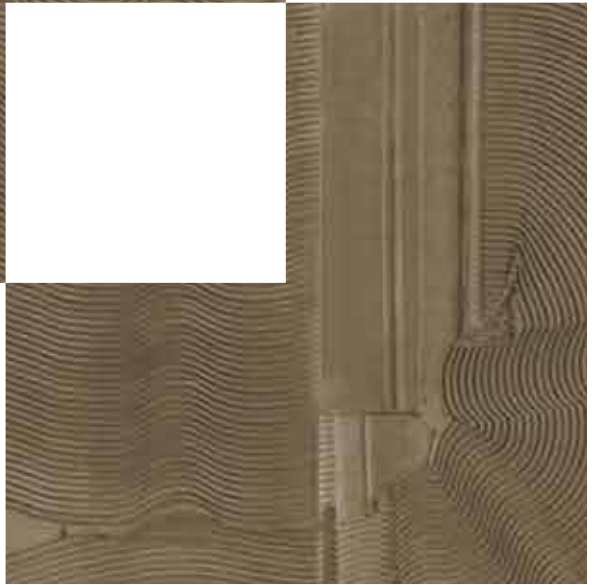
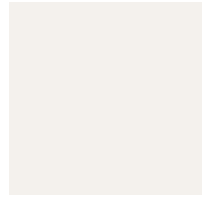
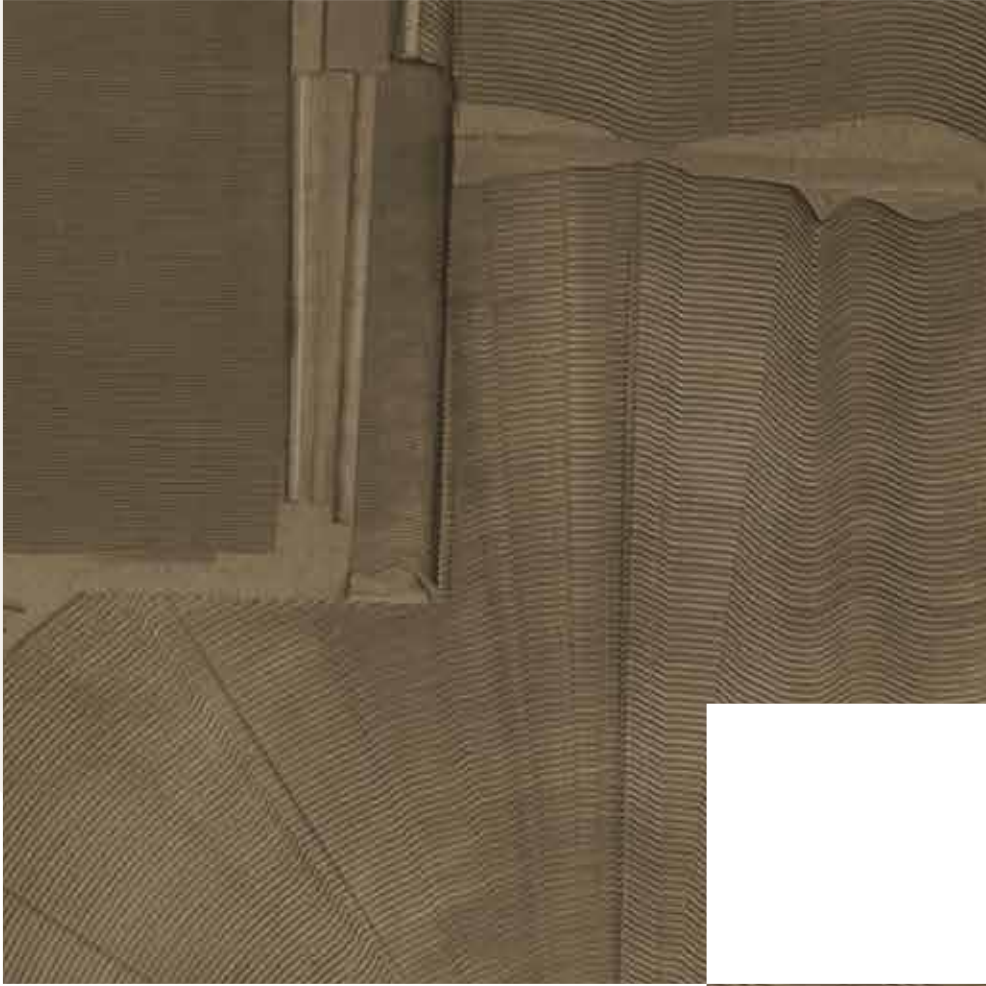
Pinta en permanente libertaria soledad, en un proceso que debe llevarse a cabo en una fatigosa horizontalidad. En una omnisciente mirada cenital, como emana la luz del sol o de las estrellas, como se relaciona la luz con el espacio más primario. Como un águila ve aquello que se mueve dejando de ver lo inerte, ¿o al contrario?.

Austero de estilo, trabajador en la medida de padre de siete hijos, ha huido de las ocasiones de poder porque “como dijo un lord inglés, el poder corrompe”... De pocos excesos y excentricidades, nos encontramos ante un humanista del siglo XX que sirve “a la cultura con inteligencia, verdad y austeridad, como ya hacía Jovellanos”. Catedrático, político comprometido pues “la política se metió en mi vida”, profundo conocedor de las ideas estéticas, *hajjin* en los últimos años, ecologista, aficionado campesino... prefiere las piernas como medio de locomoción y entre las flores sus tintas de *Shangri-La* y a Rosa, su mujer. Reconoce haber vivido como ha querido y aunque no todas las circunstancias hayan sido positivas, la capacidad de sobreponerse y su tendencia a ver la botella medio llena le han ayudado estoicamente a no quejarse de lo vivido, lo cual no significa que haya tomado una actitud conformista ante ningún aspecto de la vida.

Un *Peter Pan* que no se niega a evolucionar, pero se resiste a dejar pasar el tiempo en vano; a sus ochenta y tantos años no niega tener complejo de adolescente y coincidir más con la gente joven. La hospitalidad en la primera cita nos llevó al tuteo, recuperando con humor una poderosa razón que le dio Vaquero *padre*: “trátame de tú, pues así me rejuveneces, y me haces un favor”. Su discurso fluía aparentemente espontáneo, pero al igual que sus obras poseía un fondo naturalmente ordenado. Parafraseando al propio Mieres cuando habla de Rafael Rubio, me aventuraría a decir que él también “pertenece a una rara especie, fundamentalmente bueno como hombre, profundamente honesto como pintor”. Me demostró preservar un saludable sentido del humor y conservar sin titubeos su mirada crítica.

Gracias Alejandro, cada charla contigo es una oportunidad para aprender.

Ahora, *Maestro*, cuentas con una más entre tus discípulos.

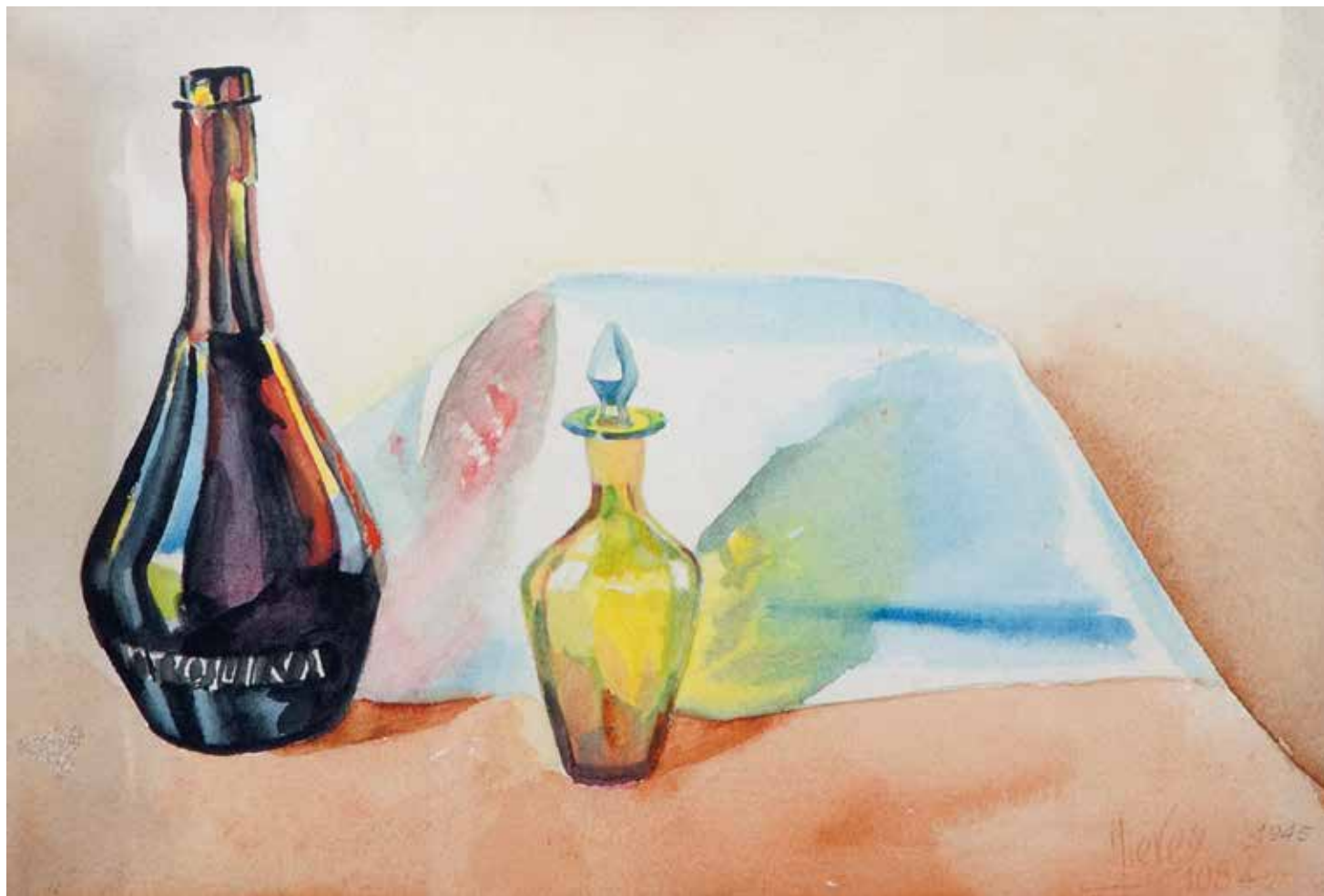




OTOÑO / 1944

COLECCIÓN: *Museo de Bellas Artes de Asturias*

26x21 cm



ACUARELA PARA LA ACADEMIA / 1945

COLECCIÓN: *Familia Mieres*

56x46 cm



•• EJERCICIO PARA ACADEMIA ABC / 1945

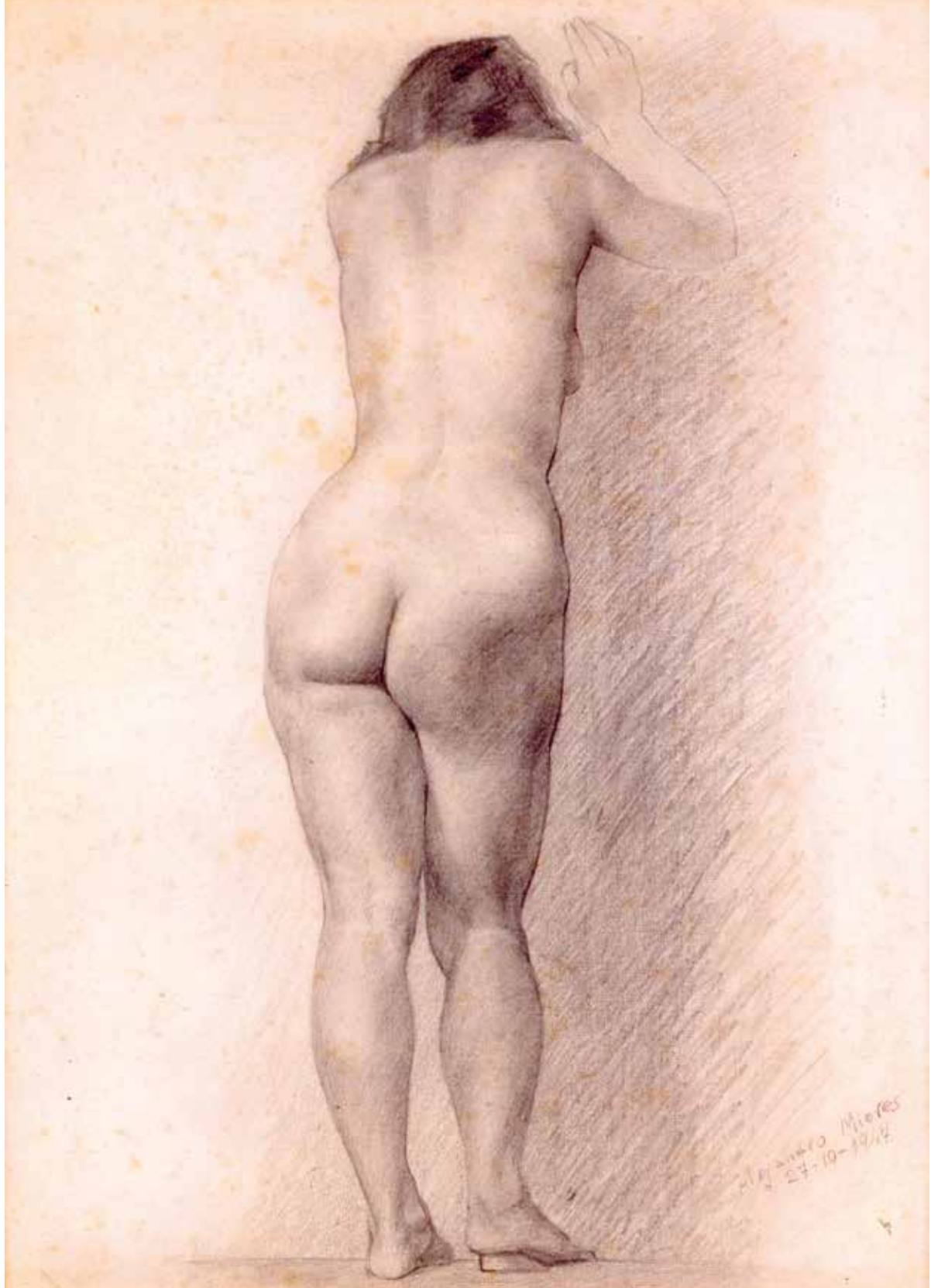
COLECCIÓN: *Familia Mieres*

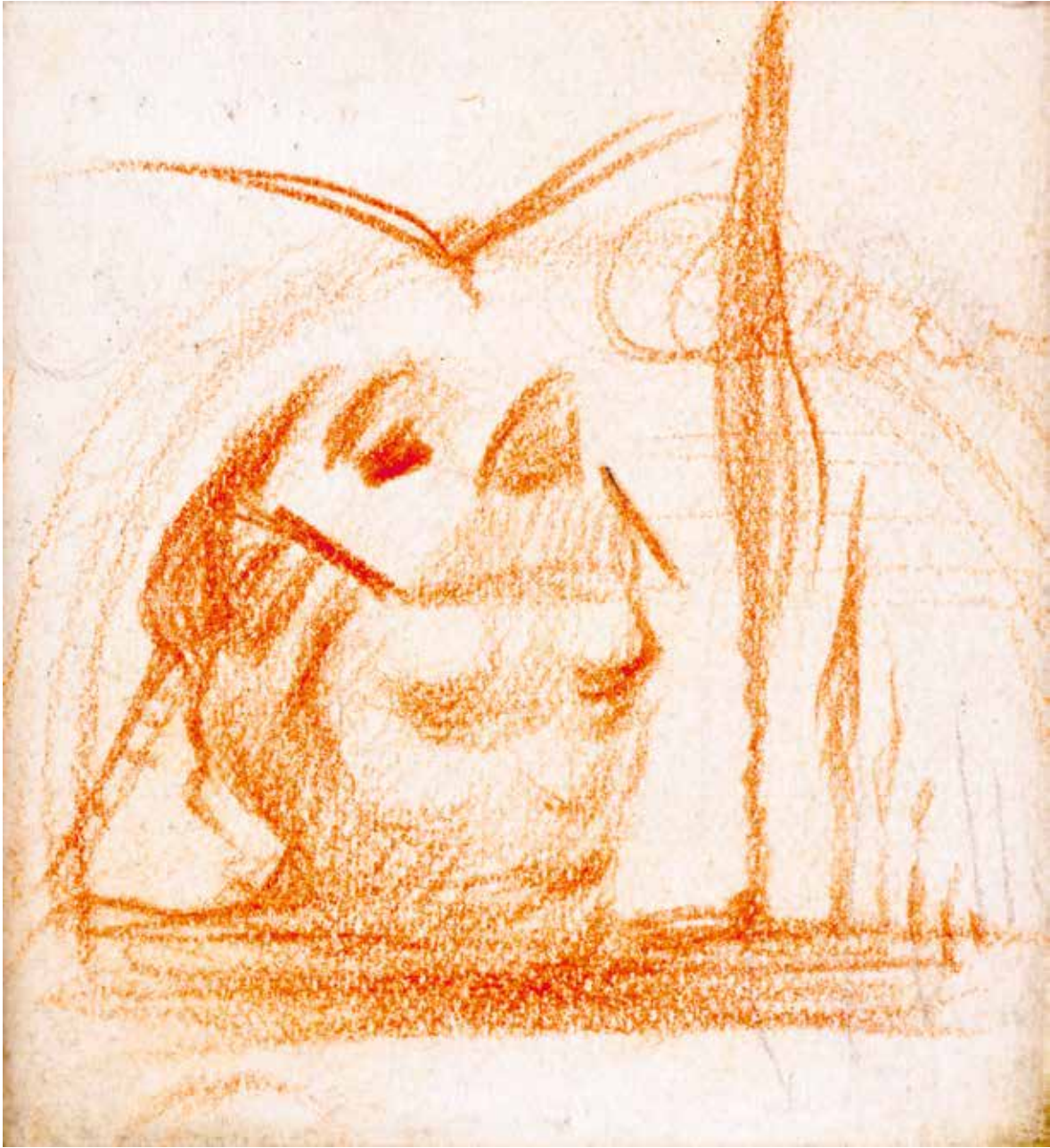
58x49 cm

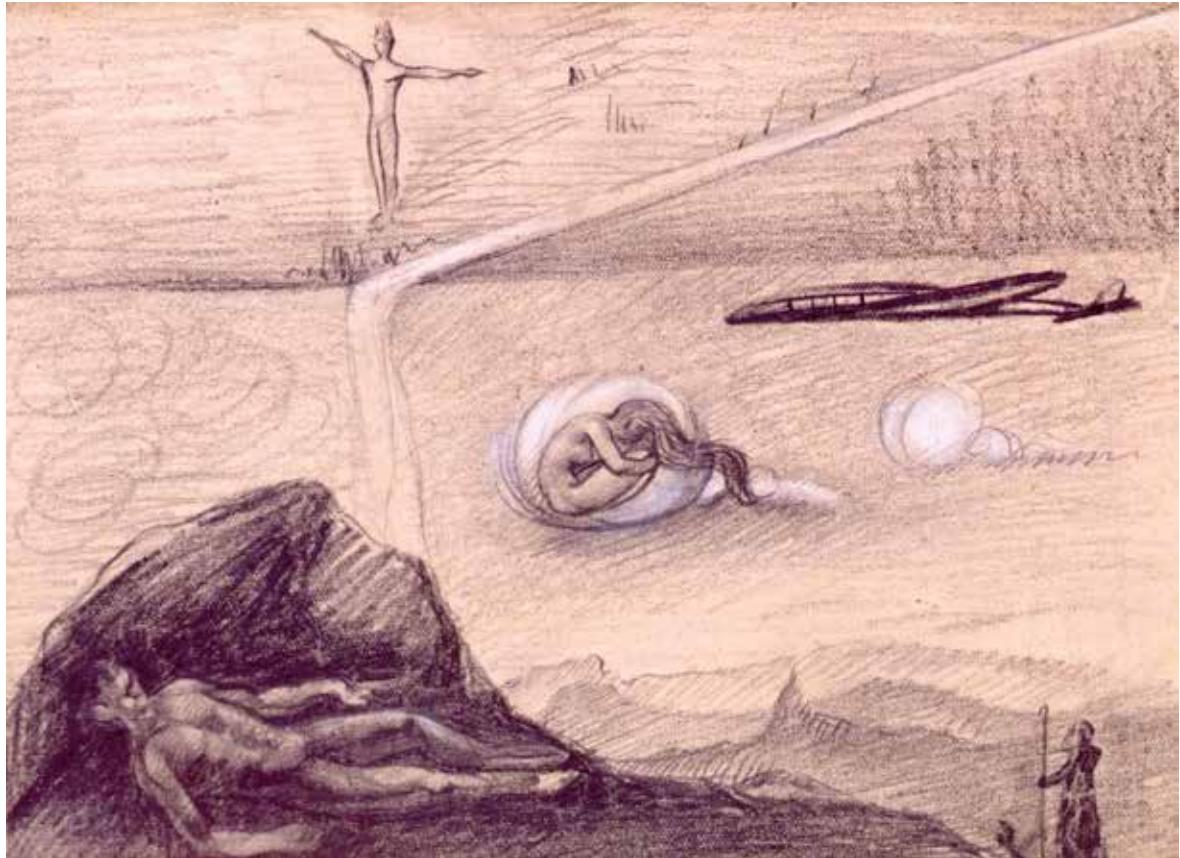
ESTUDIO DE ANATOMÍA / 1947 ••

COLECCIÓN: *Museo de Bellas Artes de Asturias*

27,5x38 cm





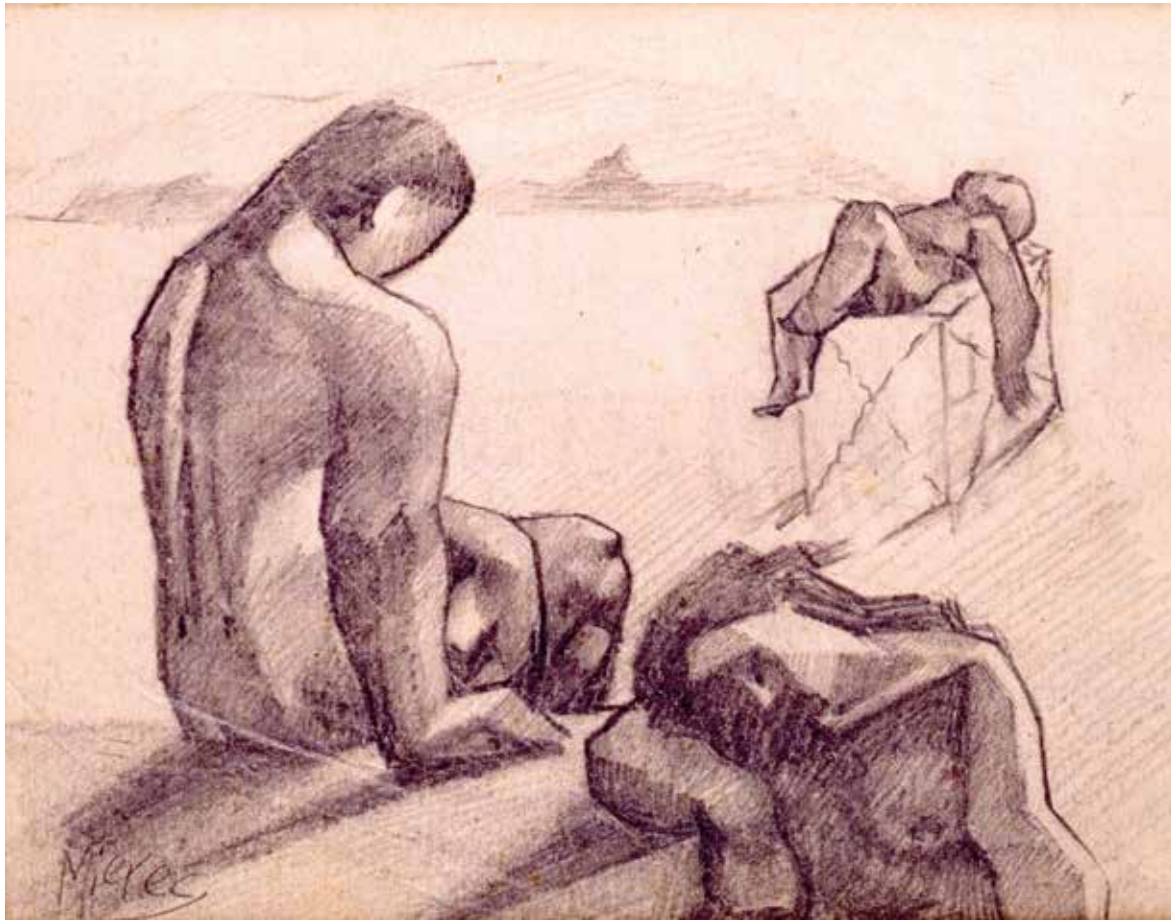


•• PRESAGIO / 1947

COLECCIÓN: *Museo de Bellas Artes de Asturias*
55x55 cm

COMPOSICIÓN / 1947 ••

COLECCIÓN: *Museo de Bellas Artes de Asturias*
19x14,5 cm



•• FUNERAL / 1948

COLECCIÓN: Museo de Bellas Artes de Asturias

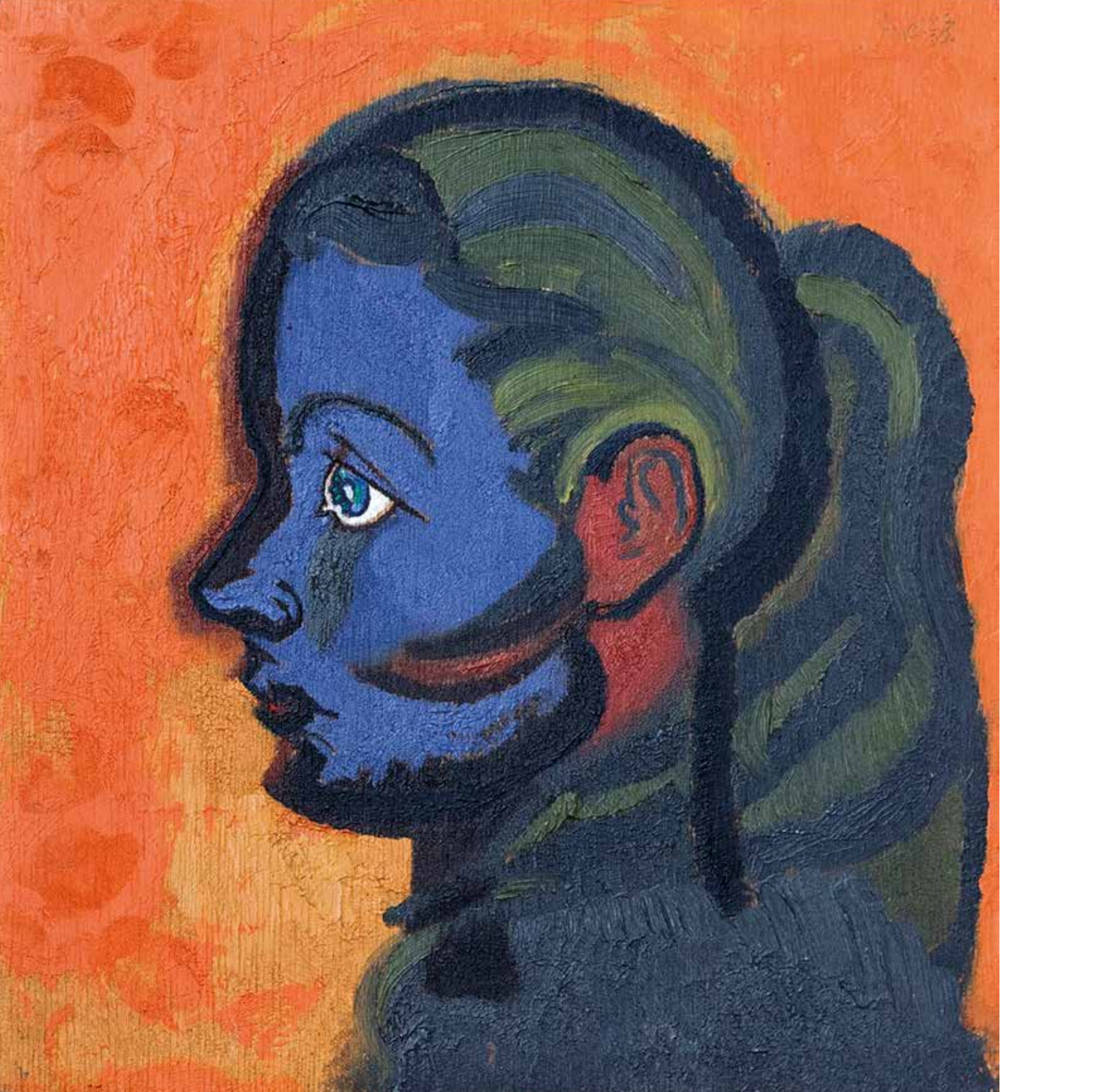
14,5x12 cm

PASTORAL / 1949 ••

COLECCIÓN: Museo de Bellas Artes de Asturias

32,5x44 cm







•• ROSA / 1949

COLECCIÓN: *Familia Mieres*

52x53 cm

•• PENSANTE / 1950

COLECCIÓN: *Museo de Bellas Artes de Asturias*

30,5x42,5 cm



... LECTURA / 1949-50

COLECCIÓN: *Universidad de Oviedo*

92x83 cm



DOS HOMBRES EN EL ESPACIO / 1950 ...

COLECCIÓN: *Universidad de Oviedo*

47x50 cm

INCREDELIDAD DE SANTO TOMÁS / 1951 ...

COLECCIÓN: *Universidad de Oviedo*

98x113 cm

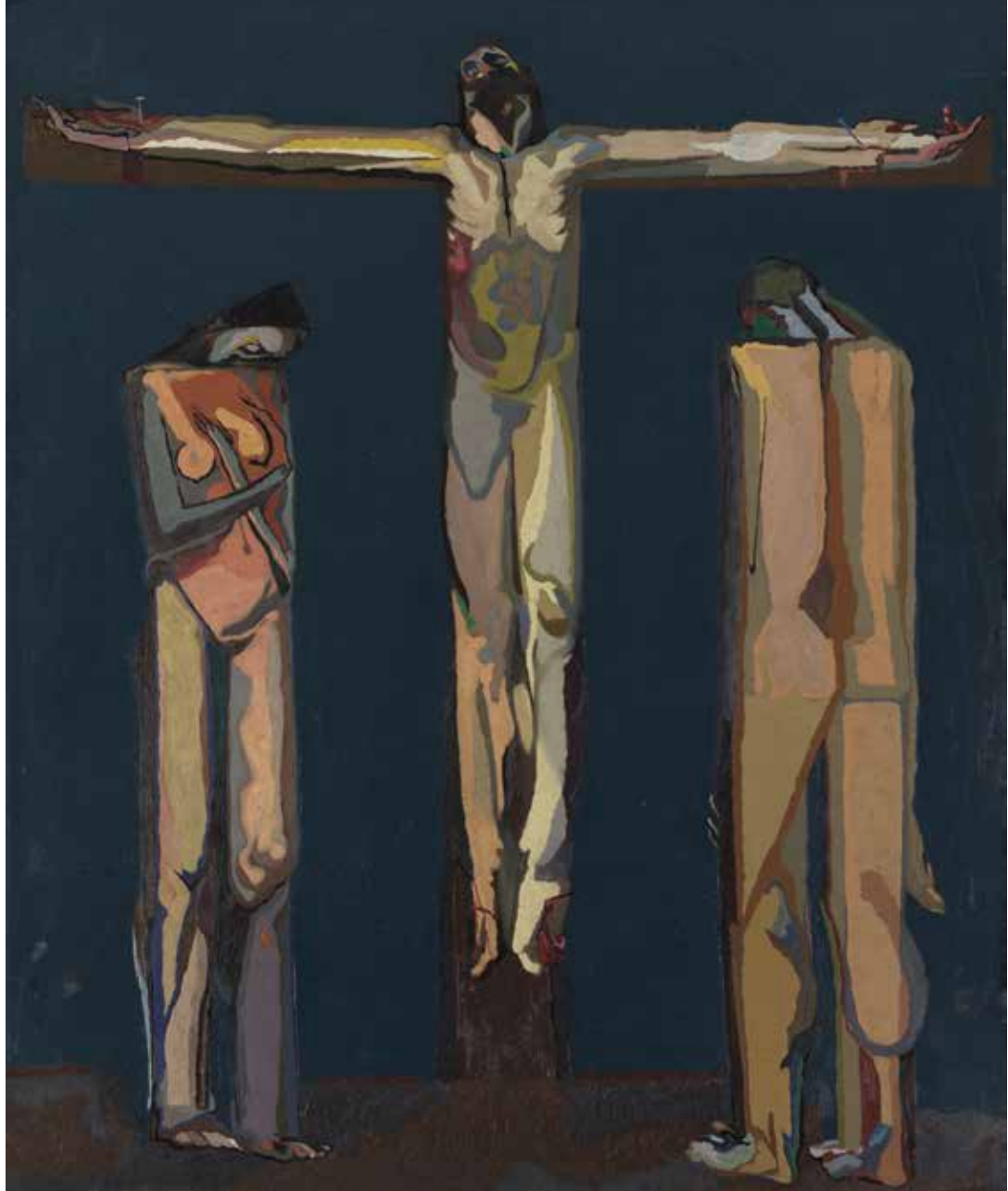




LECTURA/ 1951

COLECCIÓN: *Universidad de Oviedo*

74x92 cm



CRUCIFIXIÓN CON ADÁN Y EVA / 1951

COLECCIÓN: *Universidad de Oviedo*

97x112 cm



CUATRO FIGURAS / 1951

COLECCIÓN: *Universidad de Oviedo*

42x57 cm



FAMILIA DE SUBURBIO / 1951

COLECCIÓN: *Universidad de Oviedo*

87x113 cm



PAISAJE / 1952

COLECCIÓN: *Universidad de Oviedo*

59x50 cm



HOMBRE / 1952

COLECCIÓN: *Universidad de Oviedo*

47x64 cm



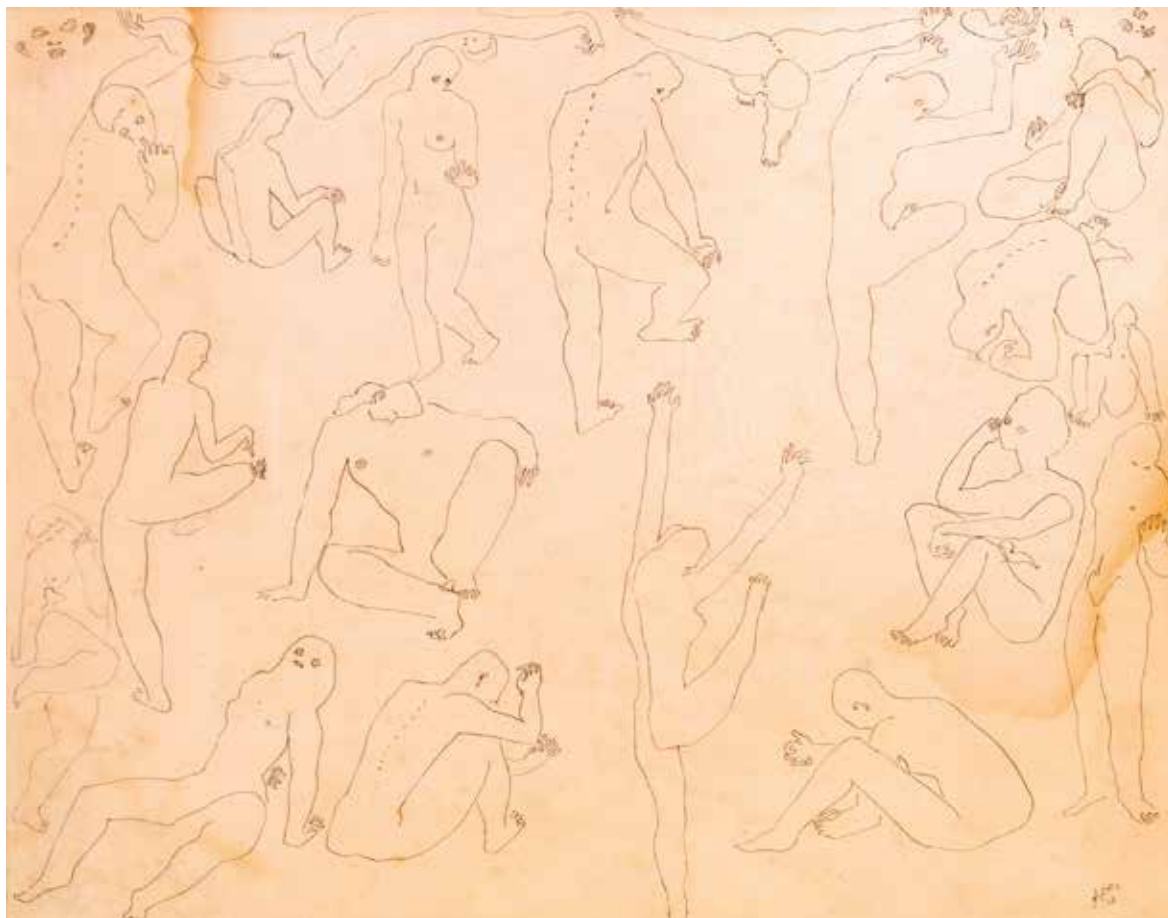
TRES FIGURAS / 1952

COLECCIÓN: *Universidad de Oviedo*

75x94 cm



MUJER SENTADA / 1951
COLECCIÓN: *Familia Mierles*
34x53 cm



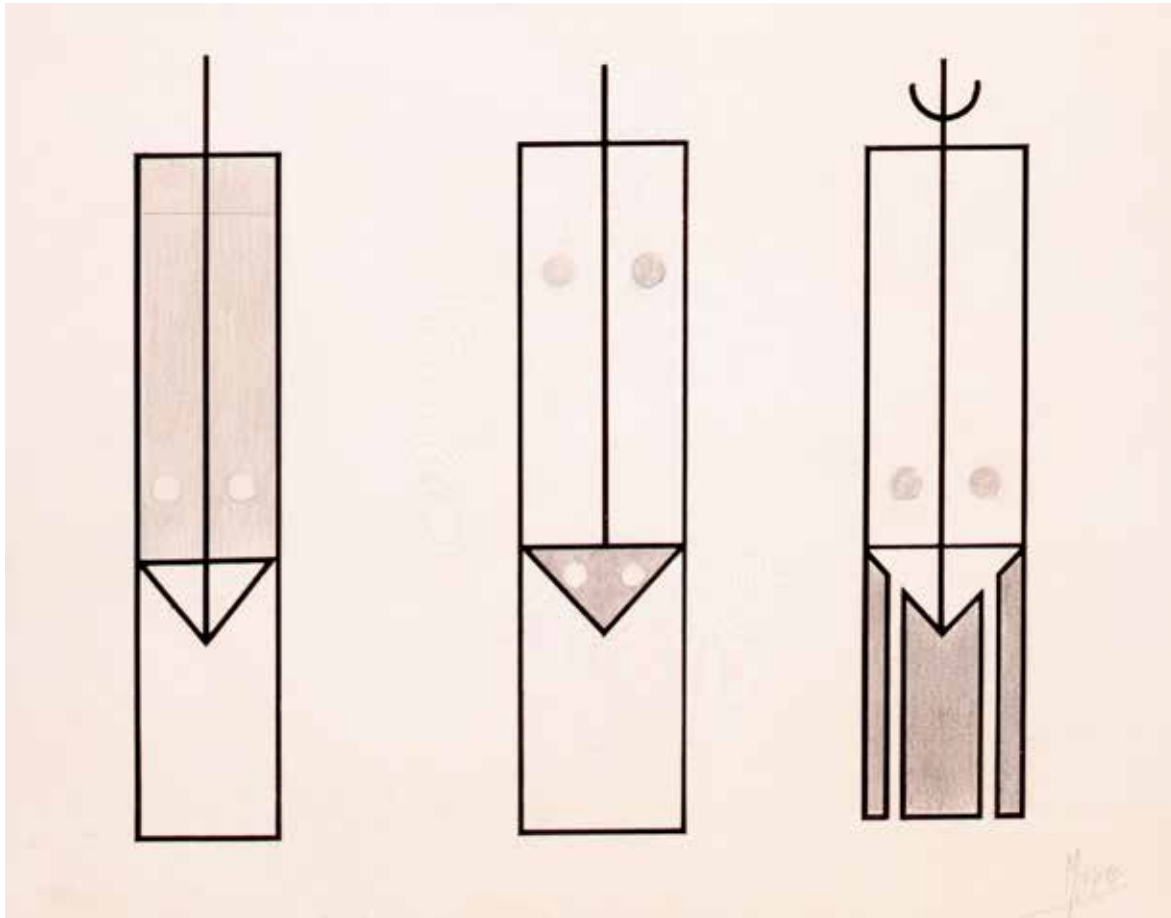
•• FIGURAS / 1952

COLECCIÓN: *Museo de Bellas Artes de Asturias*
26,5x20,9 cm

DOS MUJERES / 1953 ••

COLECCIÓN: *Museo de Bellas Artes de Asturias*
20,8x26,2 cm

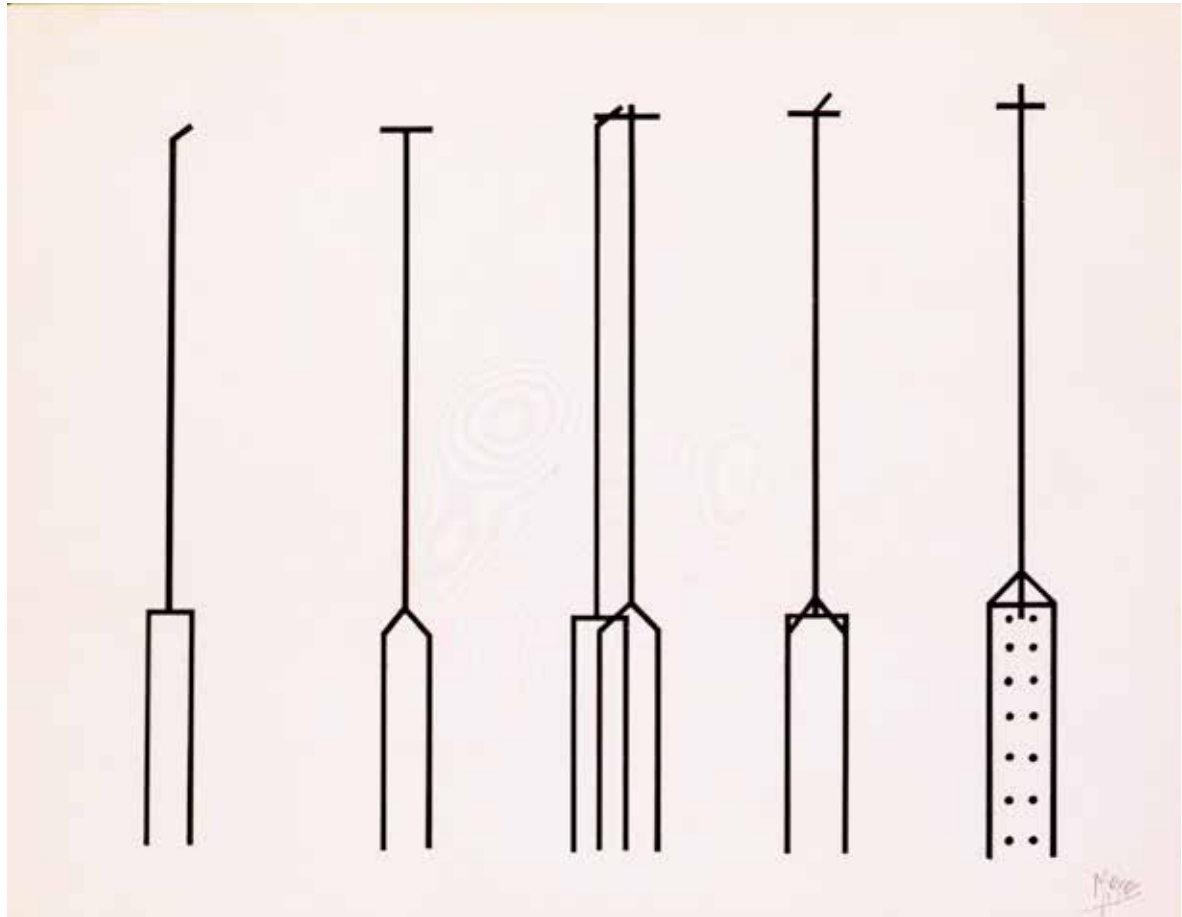




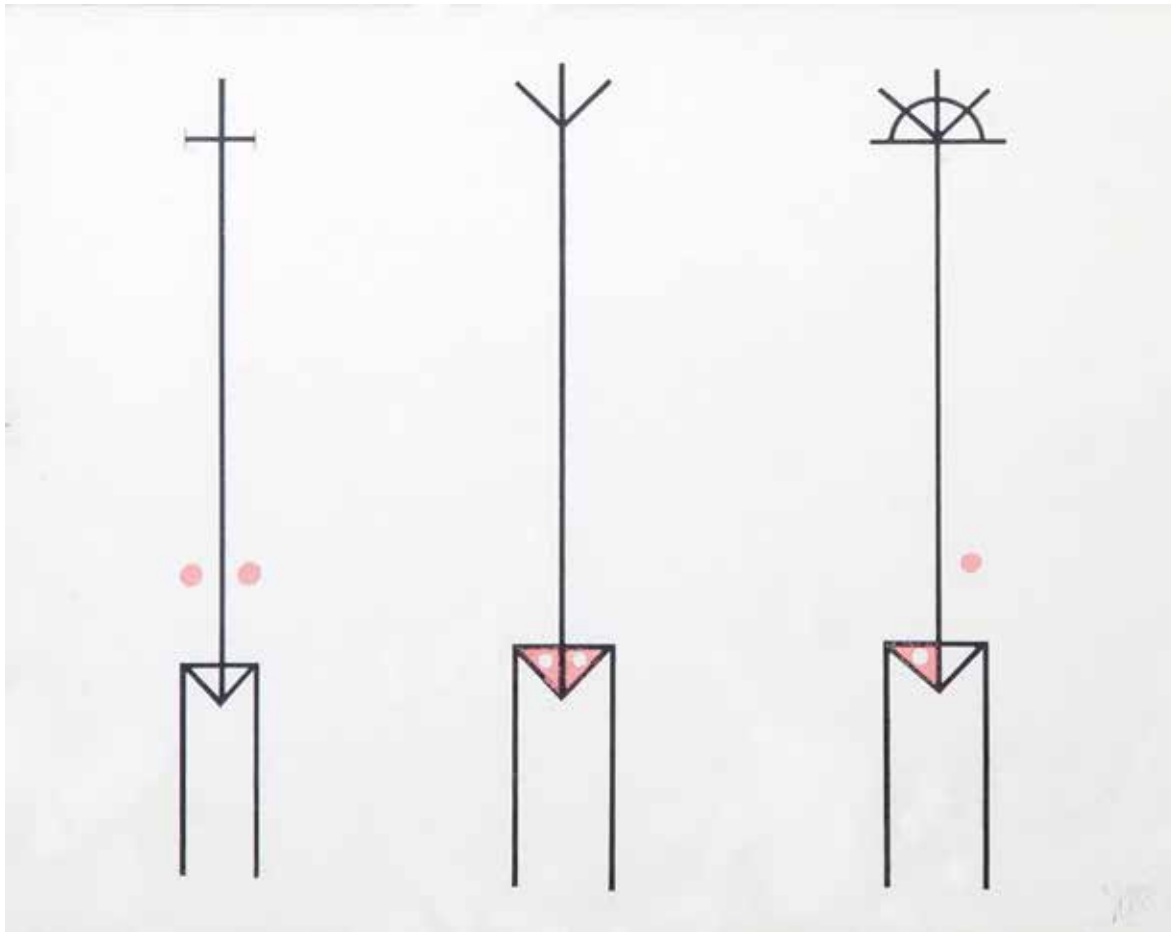
PROYECTO / 1954

COLECCIÓN: *Museo de Bellas Artes de Asturias*

25,6x20,5 cm

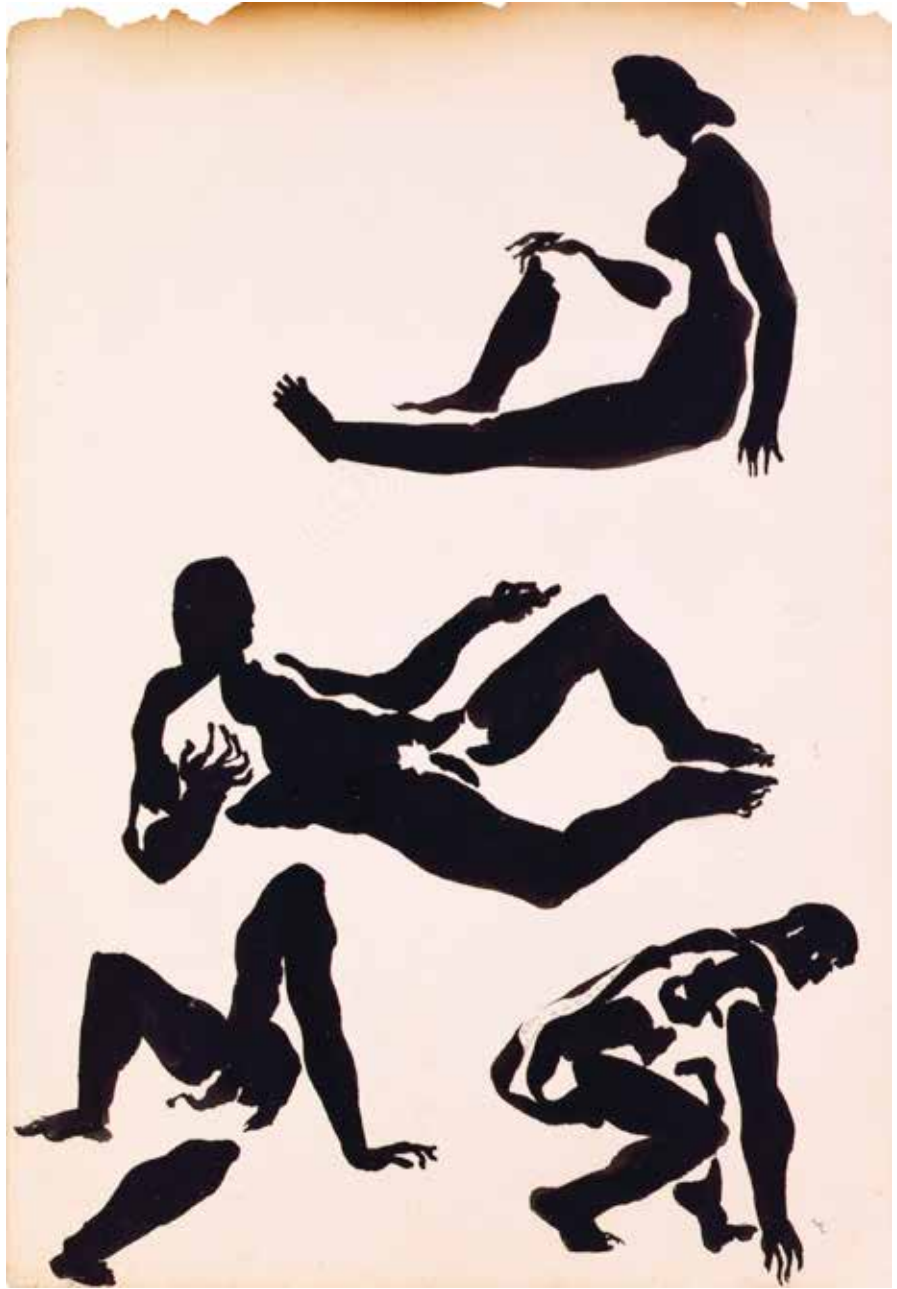


PROYECTO / 1954
COLECCIÓN: *Museo de Bellas Artes de Asturias*
25,7x20,3 cm



•• PROYECTO 1954 / 1954
COLECCIÓN: *Familia Mieres*
45x40 cm

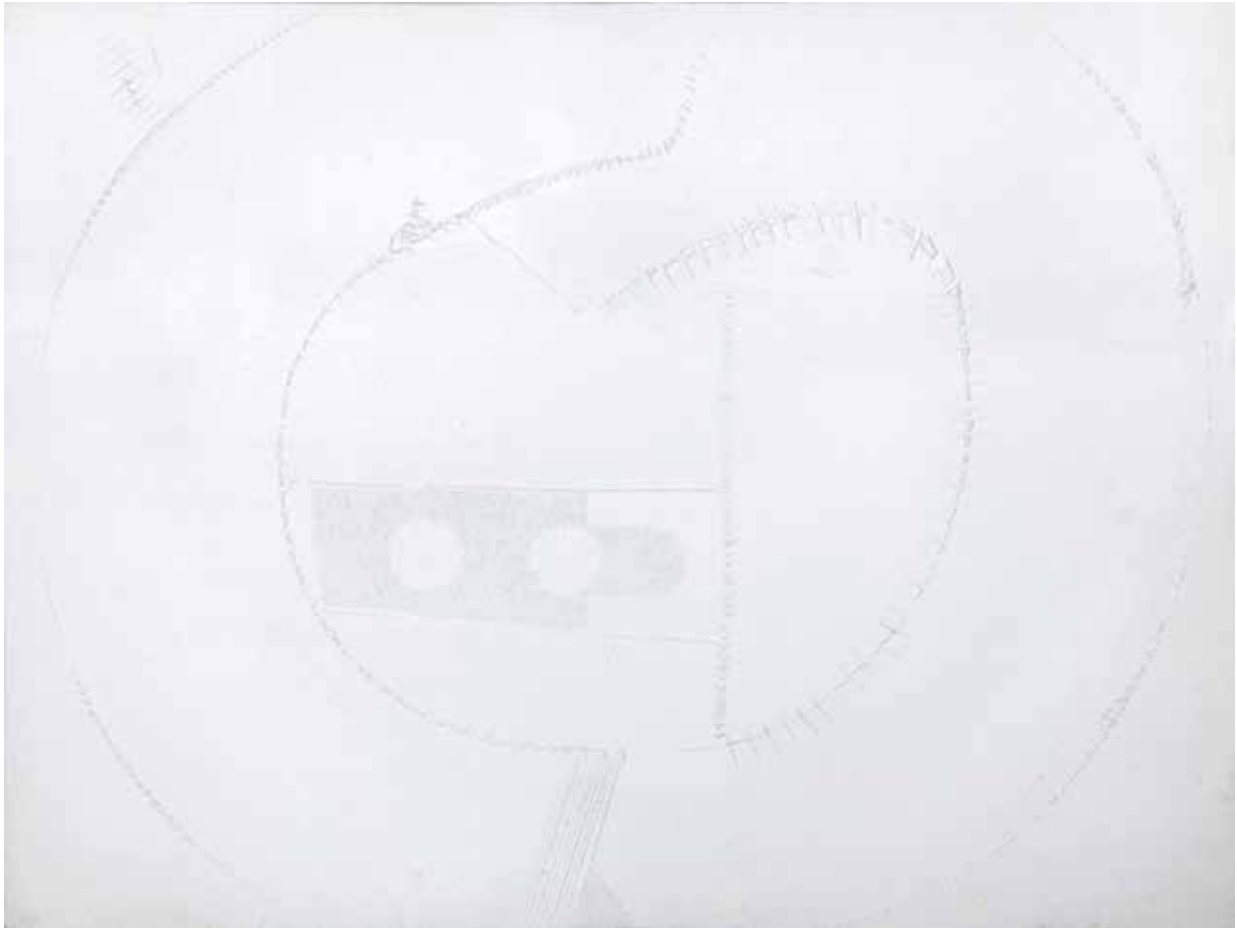
FIGURAS / 1955 ••
COLECCIÓN: *Museo de Bellas Artes de Asturias*
20,8x30,5 cm





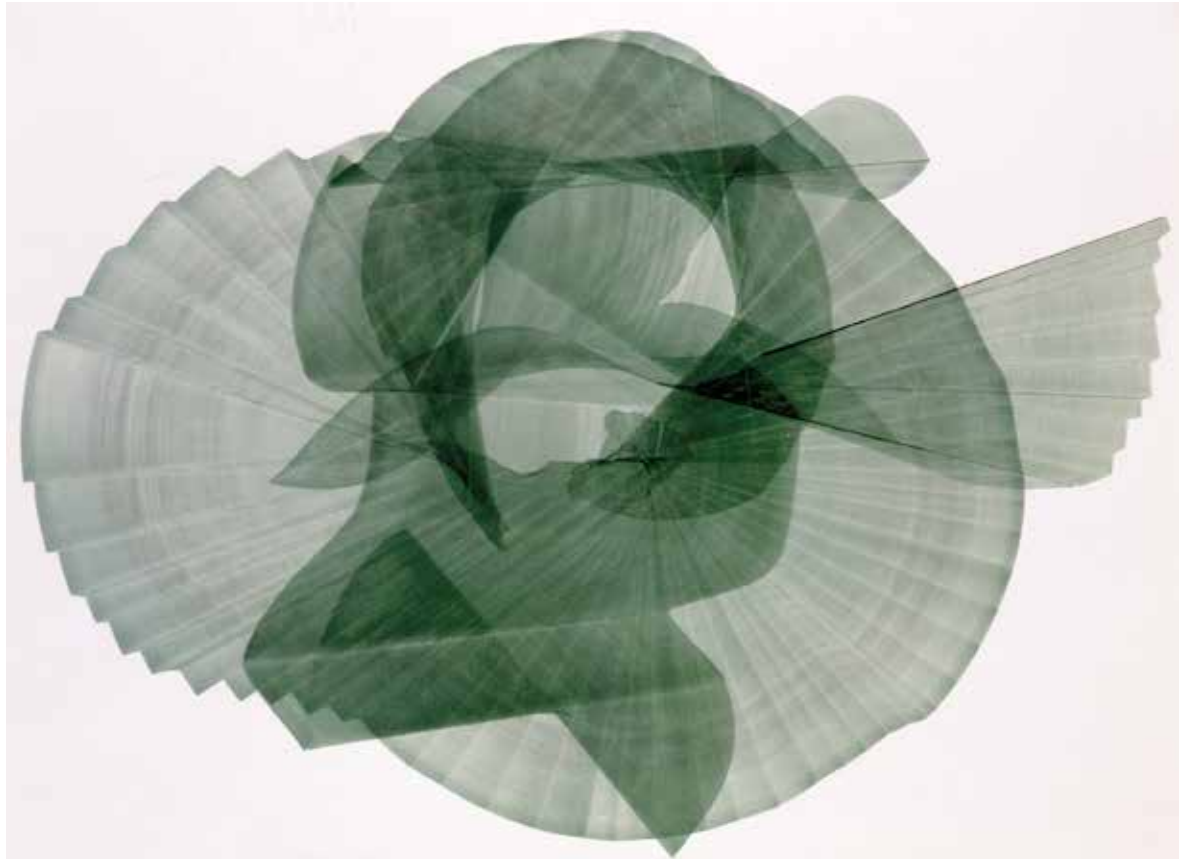
PRIMARIO / 1961

COLECCIÓN: *Museo de Bellas Artes de Asturias*



DEPORT / 1962
COLECCIÓN: *Familia Mieres*
48x39 cm





•• SIN TÍTULO / 1965

COLECCIÓN: *Museo de Bellas Artes de Asturias*
46x38 cm

VENTANA / 1969 ••

COLECCIÓN: *Museo de Bellas Artes de Asturias*
83x65,5 cm

MONOXIDO DE CARBONO / 1973

COLECCIÓN: *Manuel Presedo*

ø 110 cm





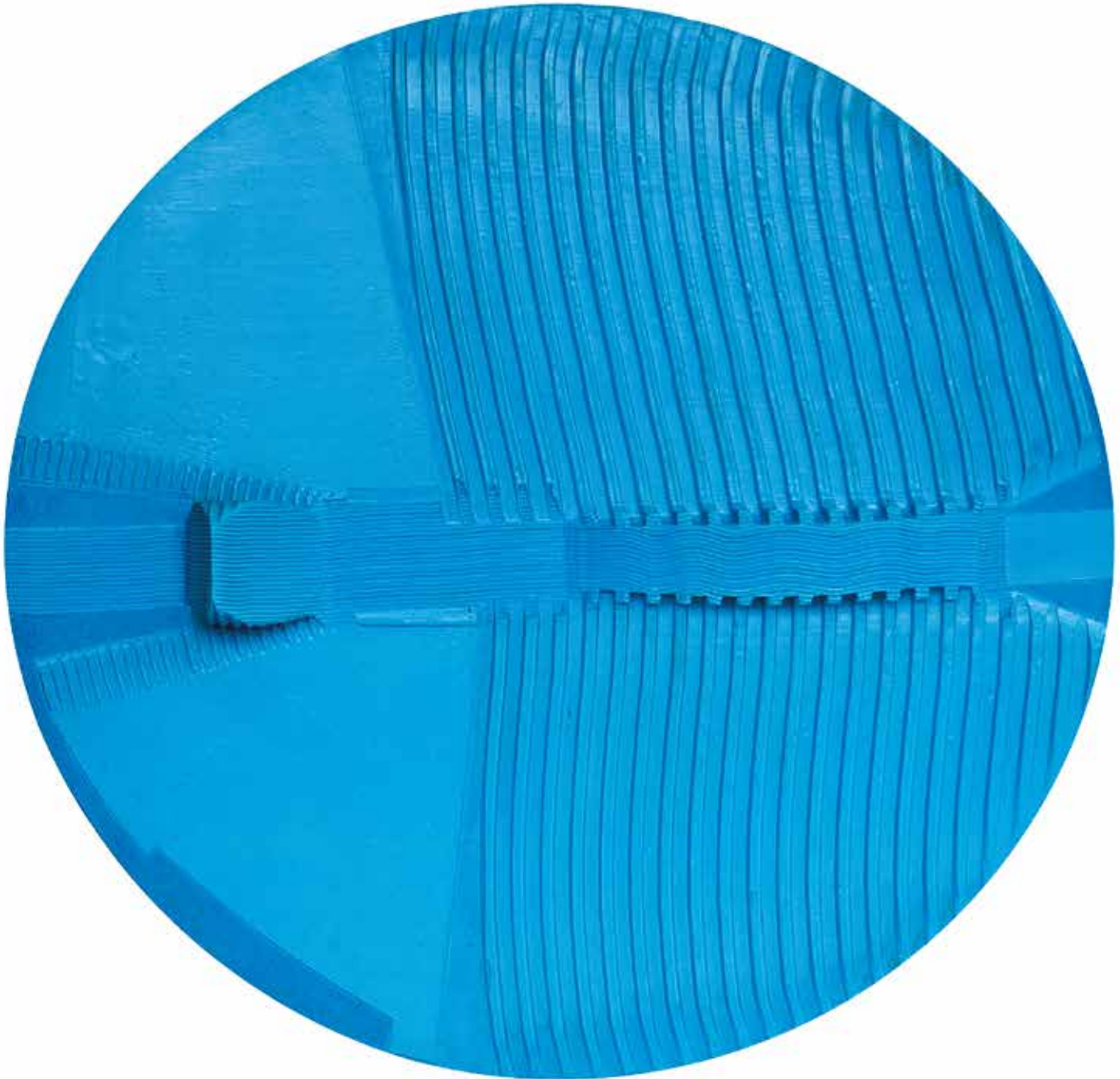
•• CIRCUITO NEGRO

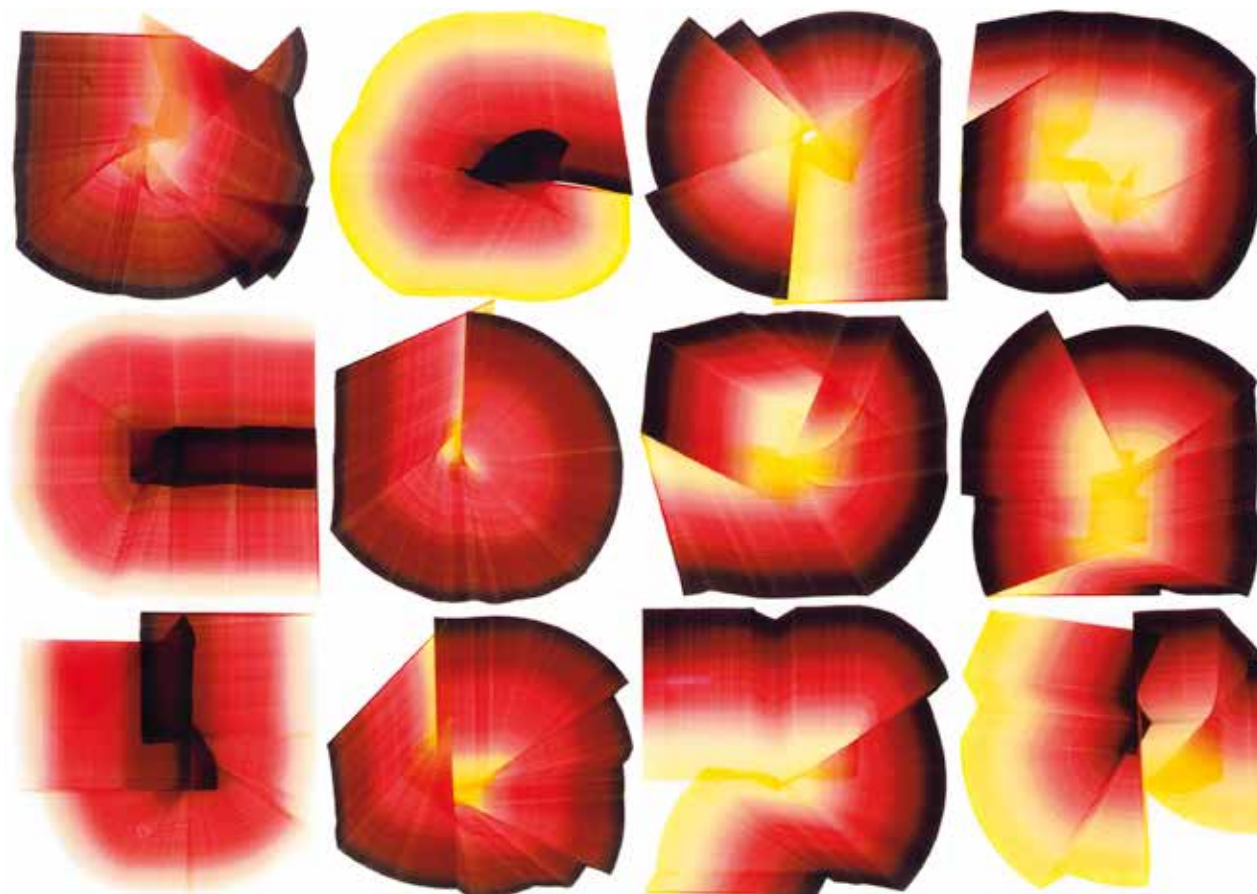
Homenaje a Navascués / 1978-80

COLECCIÓN: *Museo de Bellas Artes de Asturias*
20,5x100 cm

•• MONTAÑA / 1980

COLECCIÓN: *Familia Mieres*
80x106 cm





•• CONSTRUCCIÓN AZUL / 1989

COLECCIÓN: *Familia Mieres*

ø 45 cm

DOCE VARIACIONES SOBRE UN TEMA / 1994 ••

COLECCIÓN: *Museo de Bellas Artes de Asturias*

102x73 cm

88+1+1

COLECCIÓN: *Lourdes Mieres*

58

108x108 cm



ESPACIO LÍQUIDO / 1995

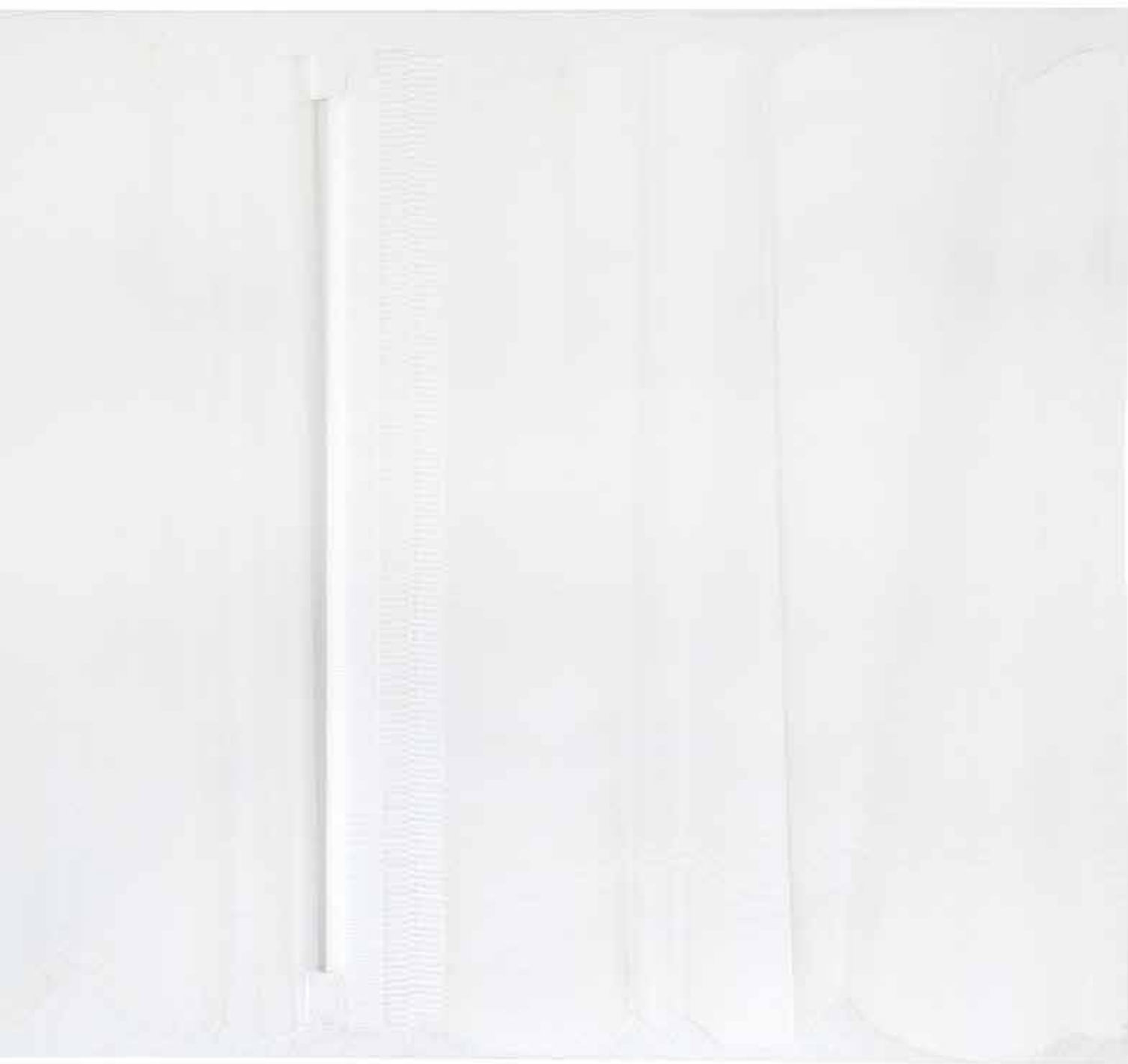
COLECCIÓN: *Familia Mieres*

Ø 80 cm



BLANCO / 1996
COLECCIÓN: *Familia Mieres*
108x73 cm

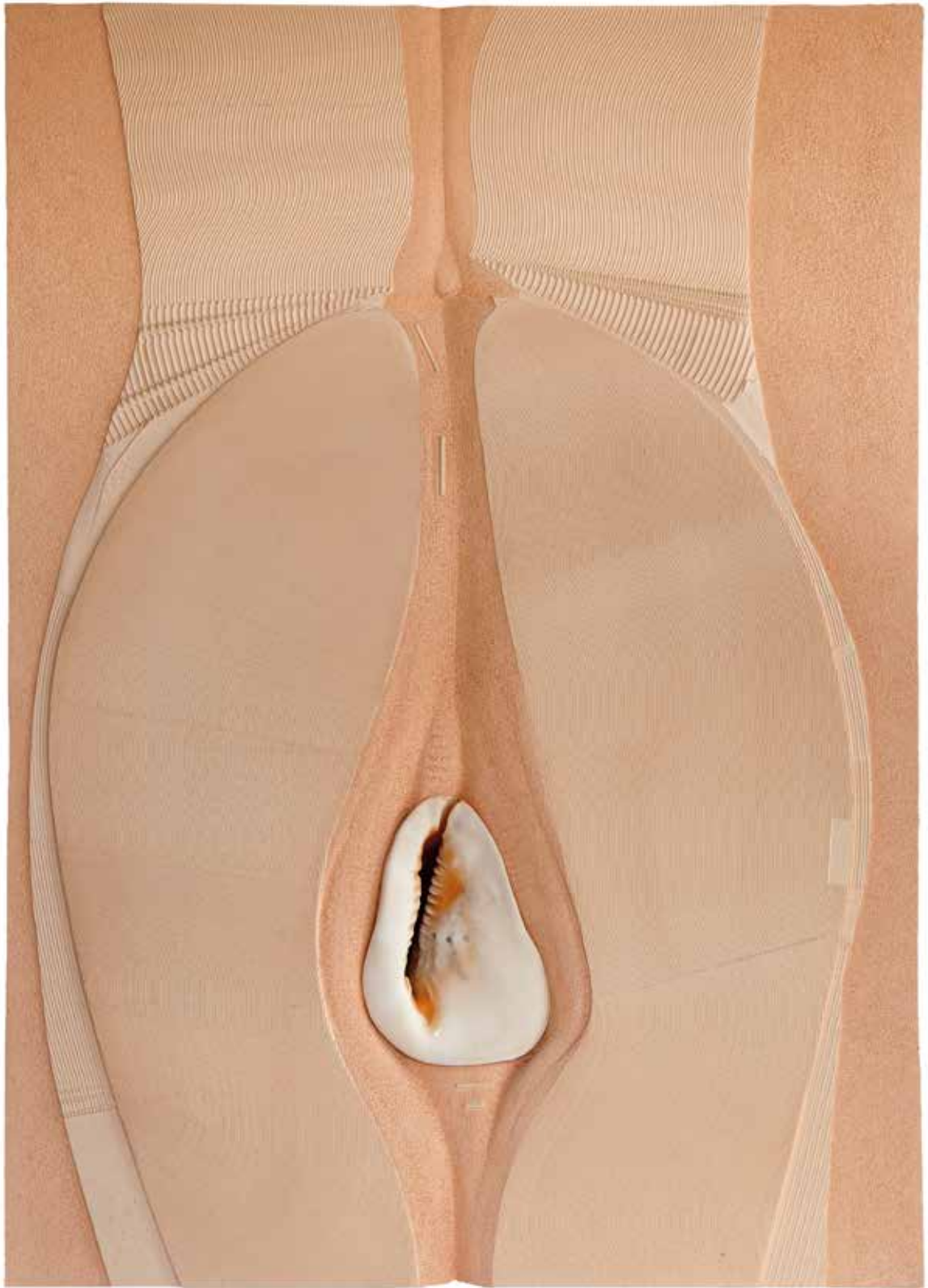




NACIMIENTO VENUS II / 1999

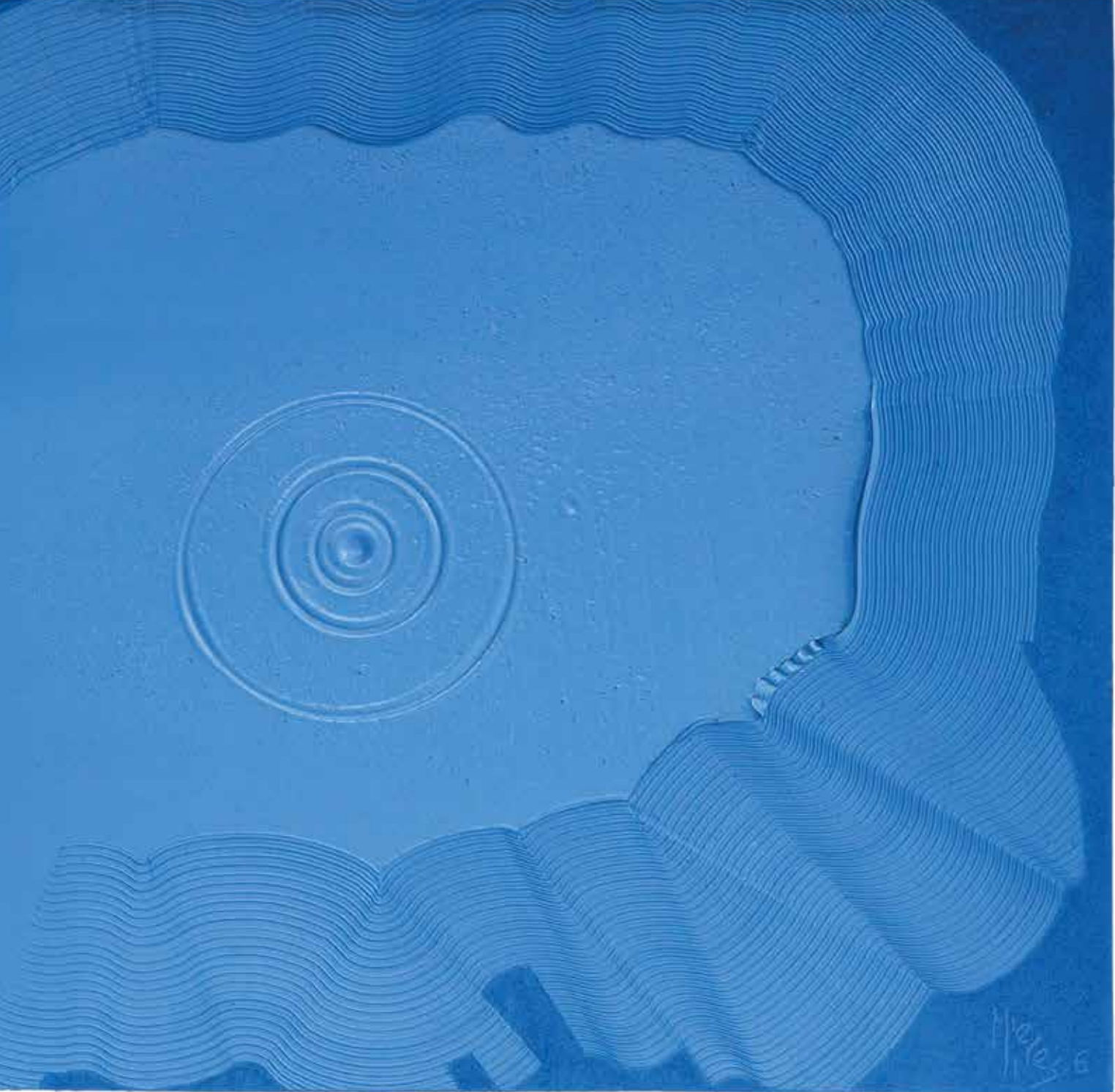
COLECCIÓN: *Familia Mieres*

80x107 cm



MANANTIAL / 2006
COLECCIÓN: *Familia Mieres*
67x51 cm







•• SIN TÍTULO / 2009
122x122 cm

SIN TÍTULO / 2009 ••
122x122 cm



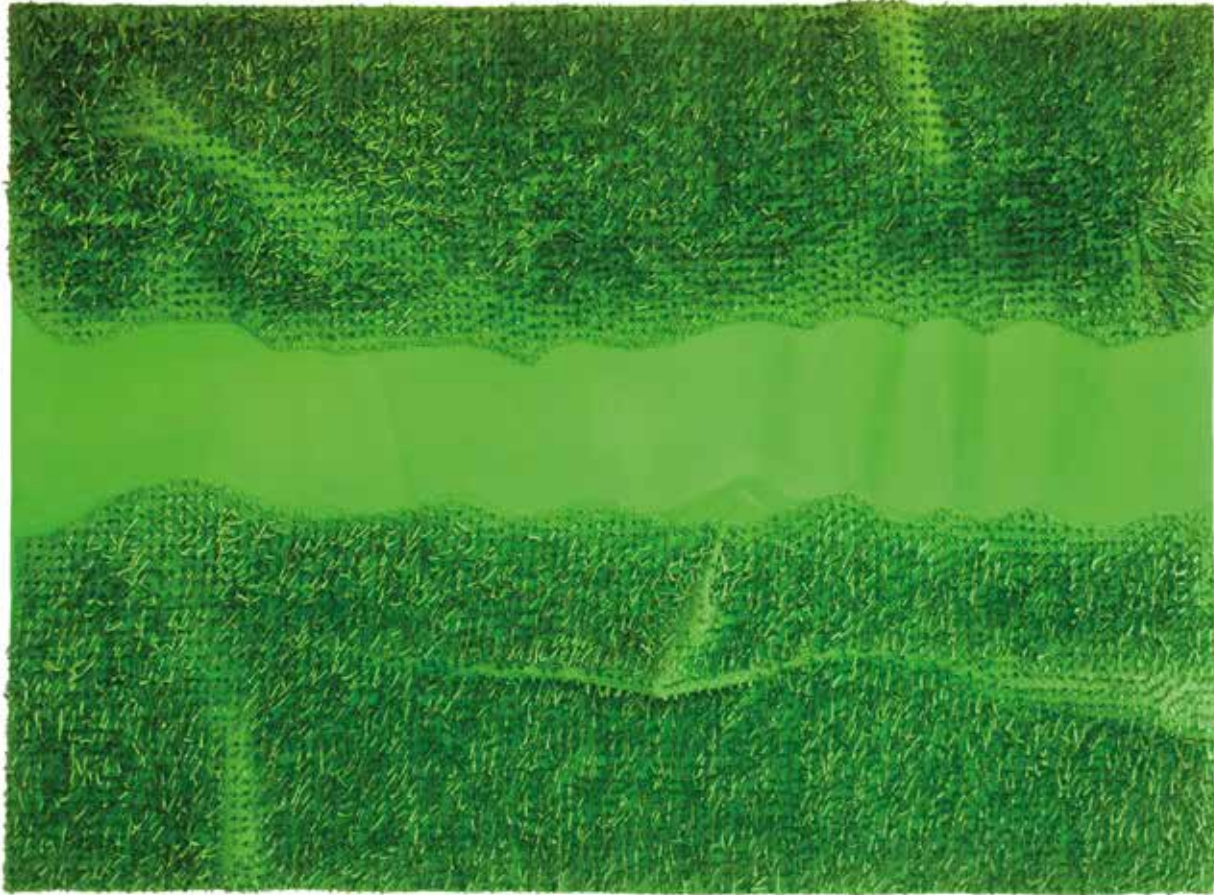
ARRASTRE / 2010

COLECCIÓN: *Familia Mieres*

70

115x138 cm





•• RIO ASTURA / 2010
COLECCIÓN: *Familia Mieres*
137x104 cm

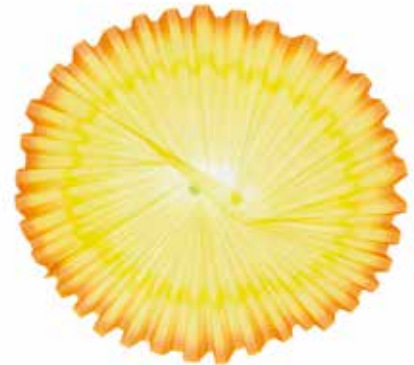
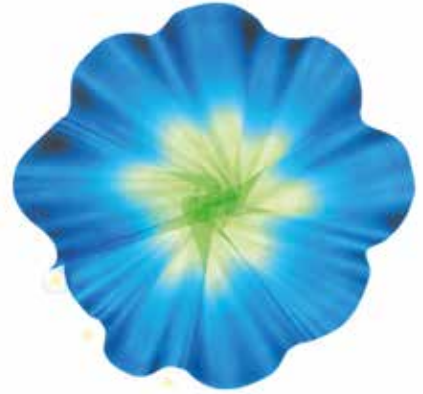
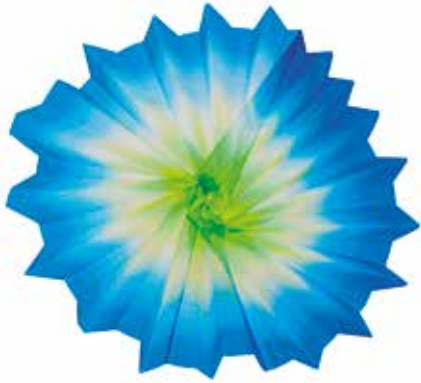
ISLOTE / 2010 ••
COLECCIÓN: *Familia Mieres*
92x97 cm



Serie FLOR DE SHANGRI-LA / 2011

COLECCIÓN: *Familia Mieres*

Varios tamaños



CHAPARRÓN / 2011
COLECCIÓN: *Familia Mieres*
96x80 cm





FUKUSHIMA / 2011
COLECCIÓN: *Familia Mieres*
155x138 cm







•• MAR Y NOCHE / 2011
COLECCIÓN: *Familia Mieres*
157x98 cm

PRINCIPIO FEMENINO / 2011 ••
COLECCIÓN: *Familia Mieres*
57x112 cm



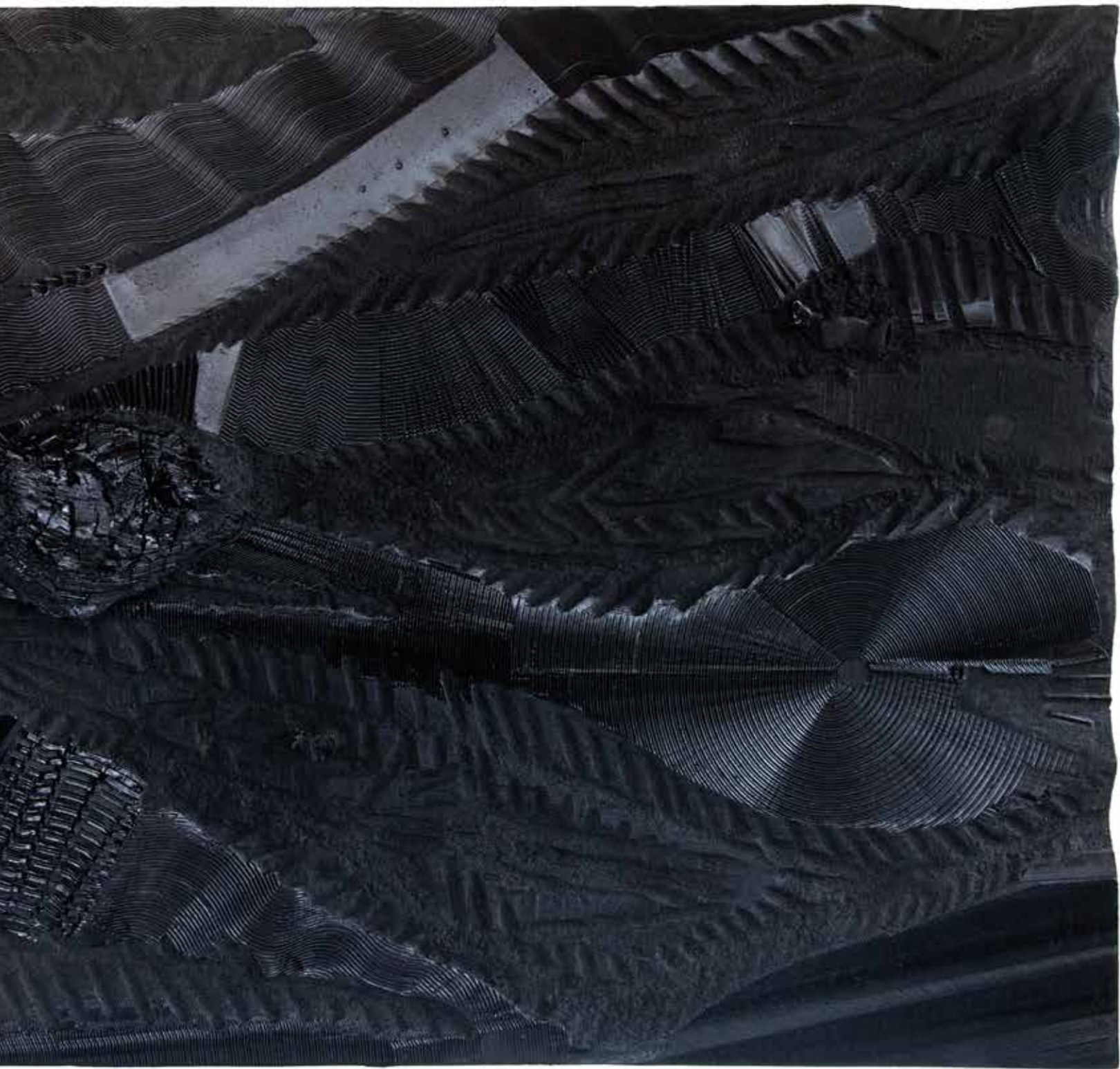
INCENDIO PROVOCADO / 2012

COLECCIÓN: *Familia Mieres*

82

125x95 cm





AGRADECIMIENTOS

.....

Marina Picallo

José María López · María Ángeles Piñero

David Blanco Faba · Álvaro Díaz Huici

Jesús Enrique Iglesias · Enrique Granja

Roberto Serrano · Lluís Suárez · Avelino Alonso

José María, Javier, Sandra, Gabriel, Eva, Diego, Begoa

Mónica Cofiño · Carlos Vilar · María José García

David Fernández · Arantxa Margolles

Miguel Ángel Fernández

.....

Este catálogo se terminó de imprimir el

25 de agosto de 2016

DÍA DE LA MEMORIA CONTÍNUA



